



XIII CONCURSO NACIONAL®
DE NOVELA Y CUENTO

U_n LUGAR TRANQUILO



FEDERICO VÉLEZ

M E N C I Ó N D E H O N O R



**CAMARA DE COMERCIO®
DE MEDELLIN PARA ANTIOQUIA**

Tu mejor socio.

Un LUGAR
TRANQUILO

Federico Vélez / MENCIÓN DE HONOR

© Federico Vélez, 2017
© Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia
ISBN: 978-958-58723-6-3

Vélez, Federico
Un lugar tranquilo / Federico Vélez
1ª ed. Medellín: Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, 2017.
168 p.; 21 cm

Mención de honor categoría Novela
XIII Concurso Nacional de Novela y Cuento
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia

Primera edición: noviembre de 2017

Coordinación editorial: Vicepresidencia de Comunicaciones Corporativas
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia
Edición y diseño: Tragaluz editores
Revisión de textos: Janeth Posada, Álvaro Eduardo Arango O.,
Juan Carlos Restrepo R.
Impresión y terminación: Marquillas S.A.

1. NOVELA COLOMBIANA. Título.

Impreso y hecho en Colombia / *Printed and made in* Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o por cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.

*Para Adriana, Juanita,
y mi equipo de ciclismo
de Vancouver.*

«Rezo porque se lo prometí a mamá».

Borges

El 15 de marzo del 2003 tuve mi primera cita con la psicóloga. Ella me escuchó durante dos horas, y al final, entre aturdida y alarmada, me recomendó que escribiera todo lo que le había dicho, o corría el riesgo de convertirme en un criminal.

Esta novela se parece en muy pocas líneas a lo que escribí en aquella época: vacié demasiado asfalto y correcciones sobre ella y terminó por ser otra cosa. De todas formas, después de leerla por última vez antes de enviarla al editor, aún no sé si la terapia funcionó, y si de verdad estoy a salvo de convertirme en eso que tanto temía mi doctora.

★

En el diario de Luisa

RECUERDO QUE ESE 9 DE AGOSTO ME LEVANTÉ TEMPRANO, antes de las seis, dejé a Jorge durmiendo, me puse un pantalón de lycra, una camiseta vieja de triatlón que me regaló Martín, los tenis, le amarré la correa a Kid y me fui a pasear con él. Di unas pocas vueltas por el parque de la Villa Olímpica, y como sin querer, siguiendo un impulso, terminé caminando a paso rápido, casi corriendo, por el Seawall en dirección a Kitsilano. Quería pasar por el frente de la casa de Nora. Nos íbamos a reunir por la tarde en el Vigneron, y aunque tenía muchas ganas de verla a ella y a Martín, un presentimiento de que algo malo ocurriría me asaltó de repente. En alguna parte leí que los guías sherpas del Himalaya predicen las catástrofes cuando les «llora un oído». A mí se me brota un lunar de sangre en la frente, entre las cejas, y ese día lo tenía más rojo que nunca. Pasé por el Museo Marítimo casi a las siete de la mañana y comprendí que se me estaba haciendo tarde para ir al trabajo, que no alcanzaría a llegar hasta la casa de Nora,

así que tomé la decisión de regresar. Faltaban exactamente diez horas y veintiséis minutos para encontrarme con la tragedia que cambiaría mi vida.

★

Nora

EL SUDOR ERA FUEGO QUE ME PURIFICABA. EL REMEDIO para todos los inconvenientes que se le presentan a una niña de doce o trece años, educada en un hogar conservador de clase media. A las primeras señales de acné, me iba a correr a la playa hasta que el pelo y el rostro estuvieran bañados en sudor. Así creía eliminar el mal que empezaba a asomarse en esa piel adolescente. También me veían correr cuando discutía con mamá, cuando tenía la menstruación, cuando sacaba malas notas en el colegio, cuando mi novia no me esperaba después de los entrenamientos o cuando el dolor en el clítoris se hacía insoportable de tanto castigarlo y el deseo seguía intacto. En esa época no entendía por qué me gustaba sudar. Solo corría y sudaba, y eso me hacía sentir mejor. Como los penitentes cristianos con el cilicio, buscaba la fatiga para espantar aquello que me descontrolaba.

¿Purificación o fuga? No lo tengo claro. Muchos atletas que conozco ven los zapatos de correr de la misma forma en la que un

alcohólico vigila el litro de whisky que lo hará feliz durante el día. He sido entonces –todos lo somos– alguien que huye y se droga. Mis hermanos se reúnen con sus amigos los fines de semana a ver jugar a los Canucks y a tomar cerveza, y no sé qué los vuelve más estúpidos: si el juego o las cajas de Molson que se toman en menos de dos horas. Son unos fugitivos ruidosos y descerebrados, como lo son mis papás, a su manera. Desde que vivimos en Vancouver ellos nunca han dejado de ir, por muy enfermos que estén, a su templo cristiano de la calle quinta en Richmond, en donde confían en manos de un joven pastor brasileño sus esperanzas y gran parte de los ahorros familiares.

Ahora, a mis veintinueve años, miro atrás, miro lo que he hecho y la vida de las personas que conozco, y solo encuentro multitudes corriendo. Pasatiempos, *hobbies*, aficiones, adicciones, manías: ¿puedo mencionar a alguien que haya enfrentado sus días sin recurrir a esta especie de sedantes? Las páginas rojas de los periódicos están llenas de sujetos que aparentaban ser normales, tipos serviciales, honrados, padres amorosos, que de un momento a otro resultaron involucrados en matanzas o secuestros de jovencitas. Algunos nos escabullimos sin cambiar de identidad, y los demás lo hacen a través de sus propias versiones del señor Hyde, el personaje que se inventó Stevenson para ilustrar la doble vida que llevan esos vecinos a quienes nadie les atribuiría ni el más venial de los pecados. ¿Cómo iba a imaginar yo, por ejemplo, que Rebecca, la jovencita que invitó Martín al Vigneron ese martes 9 de agosto, era la misma Rebecca Pendrel a la que yo le había dado una paliza la noche que nos emborrachamos juntas en mi casa?

*

Vancouver, martes 9 de agosto de 2011, 5:10 p. m.

–HOLA LUISA. ESTOY EN LA TIENDA DE LICORES. COMPRO el vino y salgo para allá.

–Te estamos esperando hace más de una hora. Trae cuatro botellas. Que sean de vino tinto. Y cervezas. Pero apúrate que aquí no tenemos nada para tomar.

–¿Puedo ir con una amiga?

–¿Quién es? –preguntó Luisa, fastidiada con la noticia.

Martín se tomó unos segundos para responder:– Se llama Rebecca.

–¿De dónde la sacaste? Solo íbamos a estar los tres: Nora, tú y yo.

–No te preocupes por ella. Les va a gustar. Tiene veintiún años. Es bonita y tranquila. Creo que estudia sistemas. No es viciosa, pero me dijo que le gustaría probar marihuana.

Luisa no le creyó lo de la edad. Conocía la debilidad de Martín por las adolescentes, y le advirtió: –No vengas con menores de edad. Siempre tenemos problemas cuando traes niñitas al apartamento.

Mientras hablaba por teléfono con Luisa, Martín inspeccionaba a Rebecca que estaba a unos seis metros de él, en la estantería de revistas. «Quizás no llegue a los diecinueve años –pensó–, pero no es una niñita. Ese cuerpo dice otra cosa». Era una mujer guapísima de 1,78 de estatura, cabello lacio y oscuro sobre un rostro muy blanco; atlética y de nalgas templadas. Vestía camisilla blanca de algodón destapada en la espalda, *leggings* negros con el bordado plata de Lululemon, botas media caña de cuero también negras y, como de costumbre, iba sin ropa interior.

Se habían reunido una docena de veces, pero Martín nunca la había visto de esta manera, a cierta distancia, imponente en medio de un grupo de señoras que ojeaban los periódicos del día. La recorrió de arriba abajo y contuvo la respiración.

★

MARTÍN HABÍA CONOCIDO A REBECCA UNOS MESES ANTES, por Charles. Fue una especie de regalo: «Llámala, escríbele, dile que vas de parte mía. Tiene carita de niña y un cuerpo, ¡un cuerpo! –enfaticó–. Si la quieres ver primero en fotos o video entra a *sweetcherry.com* y buscas a Rebecca. Ese es su *nickname*. Le das un regalito, y ella se porta bien contigo».

No la buscó ese día ni al día siguiente ni durante toda la semana. Cuando quiso conocerla, no recordaba su apodo ni el nombre de la página. Tuvo que llamar a Charles para que le diera de nuevo la información.

–Estoy hablando con ella en este momento. ¿Quieres que le dé tu número para que te llame?

–No, no. No hagas eso –respondió atropelladamente Martín–. Dile mejor que la voy a llamar, y tú me pones un mensaje con sus datos.

Cuando Martín abrió la página de *SweetCherry* y se encontró de frente con los ojos grises, la nariz recta y los labios entreabiertos de Rebecca se le escapó un suspiro de satisfacción y le mandó un silencioso «gracias» a Charles. Revisó las cinco fotos que ponía en su presentación. Leyó una y otra vez: «21 años recién cumplidos, cuerpo escultural, modelo de ropa interior, discreta, complaciente». Sabía que todo eso podía ser mentira: lo de la edad, para evitar problemas legales, y lo del modelaje para darse un toque de sofisticación. La palabra «complaciente» lo excitaba, y no esperaba otra cosa de una puta bien pagada. Al menos el texto estaba redactado sin errores ortográficos. Las fotos eran de estudio, y la mostraban con lencería de buen gusto. La tenía que llamar.

¿Por qué un gay como Charles buscaba niñas en páginas porno? Martín no lo entendía y decidió preguntárselo sin rodeos: –Charles, ¿qué haces gastando tarjeta de crédito en «cerecitas»?

Este le replicó con una ruidosa carcajada.

–Los artistas tarde o temprano terminan viviendo en la piel de otros –hablaba como recitando una lección–. Las anécdotas propias no alcanzan, y no estoy para trotar el mundo a lo Kerouac, Jack London o el viejo Hemingway. Unos disfrutan o sufren lo que otros nos conformamos con escribir. Nos convertimos en voyeristas, en entrometidos sin escrúpulos. Puedo ir a bares y rescatar algunas líneas –como hacía Proust en los salones de Faubourg Saint-Germain– pero ahorro tiempo si encuentro voluntarios, bien pagos por supuesto, que me enseñen el lado impresentable de sus existencias.

–No creo que una chica de veintiún años sepa algo que te pueda abrir los ojos –le refutó Martín.

–Ese ángel travieso ha visto y escuchado más cosas de las que se han enterado tu siquiatra, tu médico y tu confesor juntos –dijo Charles con firmeza.

★

Martín

CHARLES ES UN BUEN TIPO, CON GRAN SENTIDO DEL humor, moderno, delgado, de unos treinta y seis años; el polo opuesto de esos escritores que adoptan como uniforme la moda *híster* (una moda que despreciamos por ser el disfraz de ciertos farsantes que van por ahí posando de intelectuales: barba de muchos días, camisa amplia y desaliñada, chaqueta *vintage*, gafas de marco negro grueso y la infaltable boina vasca lustrosa). Por eso lo tenemos en la lista de amigos. Por eso, y porque además nos dio llaves de su apartamento en el Vignerón. El piso permanece vacío, nadie duerme en él, y lo utilizamos únicamente para nuestras «reuniones». Al principio nos lo prestaba a Luisa y a mí para citas rápidas al mediodía, o para las cuatro de la tarde cuando ella salía temprano de su trabajo. En cierta ocasión Luisa se apareció con Nora, una compañera del gimnasio –según me aseguró entonces– y lo pasamos tan bien con ella que terminó siendo parte del «club», con derecho a llave. «Prestarnos este lugar es lo único decente que

ha hecho Charles por el arte. Estos *happenings*, las *performances* que hacemos en su cuarto y en su sala pueden salvar la biografía de nuestro artista», ironiza Nora, incluso delante del propio Charles. Las «reuniones» obedecen a un cronograma tácito: el ritual de arrebatar nos la ropa, los juegos con o sin artilugios, el desespero por encontrar al otro, y la consabida *petite mort*. Si no cuento con la ayuda de Nora tengo que recurrir a mis trucos de atleta fogueado para poder cumplir con «la dosis» extenuante que me exige Luisa. Después de esto, si hay tiempo, si el esposo de Luisa o mi novia no nos llaman al celular, vendrán las cervezas, el porro de marihuana que invariablemente prepara Nora, sus apuntes mordaces, y a veces la visita de Charles que llega a lidiar con el aturdimiento pos-orgásmico de todos, y a quejarse por nuestro mal gusto con el licor: «Aquí debe fluir la absenta, no ese jugo de uvas azucarado que sirven ustedes».

*

Martes 9 de agosto de 2011, 5:11 p. m.

LUISA COLGÓ EL TELÉFONO Y MIRÓ A NORA CON CARA de enojo:

–Veamos con qué sorpresa llega esta vez.

–Si no nos gusta, la despedimos de inmediato. Esas visitas siempre terminan en desastre. Solo trae chiquillas anémicas, sin espíritu.

Luisa no creía en el comentario de Nora, y esta tampoco estaba convencida de ese aparente desinterés de Luisa. Cada una había presenciado la transformación de la otra cuando llegaban invitados, las ganas que disfrazaban de rudeza y cómo, en el frenesí de la situación, terminaban por romper ese código de «asepsia» que habían prometido cumplir con los extraños.

Para no perder minutos preciosos, y antes de que Luisa empezara con sus manidos relatos de mascotas maltratadas, Nora le dijo:

–Ese *jean* es nuevo. Párate. Quiero verte.

Las dos se conocían bien. Luisa sonrió, se puso de pie y empezó a desfilarse por el cuarto deshaciéndose de las prendas. Nora tragaba saliva mientras se desnudaba también. «Por ese culo prodigioso –pensó– se le pueden perdonar todas sus ñoñadas».

★

CHARLES VIVE DEL ARRIENDO DE CUATRO APARTAMENTOS que heredó de su padre (aunque los dos adicionales que tiene en el Vignerón no le producen dinero hace muchos meses: el 317 lo ocupan esporádicamente Luisa, Nora y Martín, y el otro, contiguo al suyo en el cuarto piso, no lo ha podido arrendar). Habla a menudo de una novela que piensa escribir: «Está aquí, en mi cabeza y en media docena de agendas que he ido llenando con frases que ya no sé si son mías o las copié de alguna parte –se ríe de él mismo–. ¿Y es que hay cosas nuevas por crear? Llegamos tarde, todo ya está dicho. Ahora solo nos resta cambiar una coma, el nombre de un protagonista, hacer un collage de eventos robados por aquí y por allá», responde al desgaire cada que le preguntan por la procedencia de esas bombas mortales –*l'enfant terrible*– que va soltando en las conversaciones.

Charles es el único de padres canadienses del grupo, «*born and raised*», como les dicen a las familias de inmigrantes que

llevan varias generaciones viviendo en este país. También es el de mayor edad, y en ocasiones le toca ejercer de tutor, de banco y de consejero de sus amigos. Alcanzó a estudiar Escritura Creativa algunos meses en la Universidad de Northwestern, en Evanston, Illinois, pero desertó antes de terminar el primer curso porque había empezado a odiar esa «monstruosa fábrica de *bestsellers* para adolescentes», según la bautizó él. Allá conoció a Nora cuando esta cursaba periodismo, y años después se reencontraron en Vancouver, en el Vigneron.

Tiene tres gatos: Brenda, que en la primera visita a la clínica de mascotas, el veterinario descubrió que no era hembra sino macho; Beppo, un gato gris, gordo y peludo, de raza indefinida, al que bautizó así en homenaje al gato de Borges, y Diderot, al que terminó llamando Dide. «Esos gatos –le dijo un día Nora– son parte de tu disfraz de escritor, de la escenografía que has fabricado para engañar a tus amigos. Como Hemingway tuvo más de 50 gatos, Colette 20, Mark Twain 10, Dickens 7, Eliot 5, Fitzgerald, Cortázar y Borges de a 4, te crees con derecho a tener 3».

Charles le replicó con una historia que parecía sacada de una revista de excentricidades: –Los gatos son un tema complejo. Nos convierten en sus «rehenes» cuando los acariciamos por un instante. Es hechizo a primera vista. Spencer Holst, en su cuento *El idioma de los gatos*, asegura que hace muchos siglos ellos eran los dueños del mundo y habían desarrollado inventos sofisticados, mucho más avanzados que los conocidos por la humanidad, pero un día decidieron detenerse y simplificar sus vidas. Querían volver a las siestas largas y al ocio. Por supuesto, no pretendían retroceder al estado salvaje, esto traería más incomodidades que soluciones, así que diseñaron una serie de robots para que fueran sus sirvientes. Los humanos somos esos robots. Mi teoría es menos literaria y más científica: resulta que los gatos transmiten un poderoso virus que se aloja en nuestro cerebro: a partir de ahí

somos zombis, esclavos. Así quedamos condenados eternamente a consentir los caprichos de estos amables déspotas, recibiendo a cambio uno que otro ronroneo y un par de latigazos con la cola.

Luisa y Martín se burlaron de la historia. Nora se llevó a los labios el cigarro de marihuana, y mirando al techo –a ningún lado– comentó:

–Twain escribió que el cruce de persona con gato, sin duda, mejoraría la especie humana, pero empeoraría la de los gatos.

–Mark Twain es mi héroe favorito –sentenció Luisa.

*

Una tarde cualquiera en el Vigneron, antes del 9 de agosto de 2011

-LUISA, SI TE FUERAS A SUICIDAR, QUÉ CANCIÓN QUISIERAS escuchar en ese momento.

-Es una pregunta patética, Charles. Nunca me voy a suicidar.

-Bueno, supongamos que estás condenada a muerte. Qué canción elegirías.

-Voy a corregirte. Digamos que la pregunta es: ¿cuál marcha fúnebre escogerías para acompañar tu entierro?... Supongo que estás recogiendo material para la novela.

-No todavía. Pero me parece que con esta pregunta puedes conocer a fondo a una persona. Eso diría todo de ella, nos hablaría de sus convicciones, de sus esperanzas, de lo que ha hecho y dejado de hacer. De sus remordimientos. Una sola pregunta para un perfil psicológico completo. Sería un ahorro de tiempo invaluable en las consultas médicas y hasta en las entrevistas de trabajo. ¿Ya pensaste en tu canción?

-La verdad, me coges desprevenida. Necesito tiempo.

–Y tú, Martín, ¿qué elegirías?

–Es una pregunta de vida o muerte –respondió Martín, vistiéndose–. Bueno, más de muerte que de vida. Tal vez escogería algo de Nirvana, de Kurt Cobain. O de Ramones.

Luisa los miró:

–Creo que en una situación así me gustaría escuchar *We'll Meet Again* de Vera Lynn –les dijo–. Es la canción más triste del mundo.

–Tus amigos se volverán unas plañideras –le advirtió Charles.

Martín no conocía la canción y le pidió a Charles que la buscara en internet. La escucharon varias veces: en la versión original de Vera Lynn para la película *Dr. Strangelove* de Kubrick, y en las voces de Hayley Westenra, Johnny Cash y Frank Sinatra. Repitieron una y otra vez la terrible promesa:

*«We'll meet again, don't know where,
don't know when,
but I'm sure we'll meet again
some sunny day».*

–Mira quién habla de cosas patéticas. Esa canción es patética –le dijo Martín a Luisa abriendo la puerta del apartamento para marcharse–. ¿Quieres ponernos a llorar?

–Sí, quiero que cuando me muera lloren mucho, mucho, mucho –le respondió Luisa haciendo algo de teatro–. Me parece muy esnob esa idea tuya de que debemos comportarnos como ingleses frente a las tragedias. Tenemos sangre latina, estamos contaminados de trópico, no se te olvide. (Dijo esto último y de inmediato recordó la película *The Remains of the Day*, en la que Anthony Hopkins nunca pierde la compostura ante la muerte de su padre o los desaires amorosos. También se le vino a la mente, avergonzada, la sentencia de Twain que alguna vez les recitó Charles cuando llegó al apartamento y los encontró escuchando Guns N'Roses

con el volumen en alto: «Sepan que todas las personas cuerdas de raza blanca odian el ruido»).

Martín se despidió enviándole a Luisa un beso por el aire y un golpe bajo:

–¿Qué te hace suponer que tu muerte será una tragedia? –le dijo, sin permitirle responder.

(Un paréntesis:

–Eres racista de verdad. Odias a los negros.

–No, para nada –se defendió Charles–. Solo constato que no hay gente más racista que los mismos negros. Cuando alguno de ellos logra amasar una pequeña fortuna, corren a comprar tinturas y una plancha para alisar el pelo. Luego vendrán las cirugías de nariz y de labios y el blanqueo de piel. Se la pasan el resto de sus días huyéndole a su color de nacimiento).

*

EL *HOBBY* DE CHARLES ES INVESTIGAR LA VIDA PRIVADA de sus amigos, y para esto cuenta con los favores de la irresistible Rebecca. A ella le pagó con un buen fajo de billetes para que sedujera a Martín, y ahora quería que hiciera lo mismo con Nora. ¿Quién era Nora en realidad, esa mujer desencantada de todo, pero pletórica de apetitos?

–Creo que trescientos dólares es mucho dinero, Rebecca. Te estoy pagando por divertirme. Nora me parece una niña maravillosa.

–Pero me venías dando eso, Charles.

–Hagamos una cosa: si me traes historias sucias, que huelan mal o estén manchadas con sangre, te doy los trescientos.

–Humm –rezongó Rebecca–. Sabes que eso no depende de mí. Si ella no se presta o no le gusto o está en un mal día, lo que te narre será muy aburrido. Además, no sabemos cuántas veces tenga que ir al Blenz a esperar a que ella llegue y muerda el anzuelo. Y un *cappuccino* sin licor en ese lugar vale una fortuna.

Charles sonrió.

–¿Conoces a Anaïs Nin?

–¿Quién?

–Anaïs Nin, la escritora. Ella y Henry Miller –otro escritor famoso– vendían cuentos eróticos por encargo a un fetichista de New York. ¿Sabes a cómo? A dólar la página.

–Supongo que eso fue hace como dos siglos –protestó Rebecca.

–No, no hace tanto. Cincuenta o sesenta años, a lo sumo.

–Pero no tenía que acostarse con nadie. Solo fantasear.

–No creas –repuso Charles–. Anaïs llevaba una vida muy intensa para nutrir su literatura. Estaba casada simultáneamente con el banquero Hugh Guiler, y con un pobretón llamado Rupert Pole, y dividía su tiempo entre un opulento apartamento en Manhattan y una casa miserable en un pueblito de California. Y como sentía que le faltaba acción, se acostaba también con Henry Miller, con June, la esposa de este –que la inició en el mundo del safismo–, con su psicoanalista y hasta con su propio padre, un cubano al que no veía desde que era niña.

–¿Safismo? ¿Qué es eso?

Charles le respondió con malicia:

–Es lesbianismo, pero más sofisticado. Después de que estés con Nora, nunca se te va a olvidar esa palabra.

★

«Hay demasiados individuos que preferirían ser presidentes de la General Motors a quemar la gasolinera de la esquina. Solo que como no pueden conseguir una cosa, van por la otra».
Bukowski

EN LA FAMILIA DE NORA NADIE SE PERMITE UNA demostración de afecto, mucho menos lágrimas, excepto su mamá que llora por todos. Las emociones, como la basura, se esconden debajo del tapete o en la trastienda. «Es de mal gusto estar exhibiendo el alma por ahí, con extraños. Y extraños son todos», solía decir el abuelo Roberto en las reuniones familiares y en Navidad. Nora fue forjada así, como esos dulces irlandeses que parecen blindados con una dura capa de chocolate amargo, pero que con el primer mordisco se empiezan a deshacer en grumos de azúcar. «El baile va por dentro», se disculpa cuando sus amigos le reclaman su falta de sensibilidad frente a ciertas desgracias. La única emoción que se le conoce en público, y parece disfrutarlo, es la ira. En privado, durante el sexo –y solo con mujeres– resbala algunos quejidos apagados y su retahíla de vulgaridades, todas en diminutivo: «coñito, culito, cosita».

Terminó muy joven su carrera activa como atleta de medio fondo por una lesión de meniscos, y tuvo que conseguir empleo de entrenadora de pista en la secundaria de un colegio femenino, el Lord Byng, pero renunció a los pocos meses por lo «arriesgado» que le estaba resultando: era demasiada tensión, y a veces no podía guardar con las alumnas la distancia, la discreción, la compostura que obligaba el cargo. En cualquier momento se podía meter en problemas con una menor de edad. Se lo confesó a Luisa para justificar su renuncia: «Ese trabajo iba a acabar conmigo tarde o temprano, me estaba consumiendo. Lo ensayé todo para no mostrar el ‘hambre’ delante de mis niñas. Me masturbaba antes de ir a entrenarlas, corría ocho kilómetros, me alejaba de ellas cuando hacían el calentamiento, y ni siquiera entraba a los camerinos cuando se duchaban, pero todas esas precauciones eran inútiles. El monstruo es más fuerte que yo».

A los veinticuatro años logró un cupo para estudiar periodismo en Northwestern y empezó a interesarse en la situación política de Colombia, el país de su mamá. «Alguna vez estuve en Madrid en un seminario con un periodista de *El Tiempo* de Bogotá, Premio Moors Cabot, Premio Rey de España y no sé cuántos galardones más, y hermano de un presidente patrocinado por las mafias de la droga. Lo más paradójico es que el tipo en mención posaba en ese foro como el fiscalizador de la moralidad, pero no mostraba vergüenza ni se ruborizaba cuando se ponía en la tarea de officiar como defensor de su hermano mafioso». Ese fue el primer encuentro cercano que tuvo Nora con la *doble moral* de los intelectuales y periodistas de opinión, y el inicio de una desconfianza hacia ellos que la mantendría siempre a la defensiva. A partir de ese día todo lo que olier a intelectual –a intelectual moralista o de izquierda– le prendía las alarmas.

Nora es radical a la hora de escoger a sus amigos. No tiene claro qué le gusta, pero la lista de sus aversiones es bien conocida:

descarta cualquier trato con fanáticos de fútbol, lectores de James Patterson, Paulo Coelho, Stephenie Meyer, Richard Cohen –el profeta de la homofobia–, Noam Chomsky, Mario Benedetti o libros de autoayuda. Detesta a los talibanes, a los pashtun de Peshawar y a todos los musulmanes «por rendirse a un dios tan obtuso y misógino»; a los pastores cristianos y sus rebaños; no soporta la sonrisa inmanente, estúpida, «cientiológica» de Tom Cruise; a los «seudomarxistas», a los «seudointelectuales», a los estudiantes de universidades públicas en Suramérica, «porque esos idiotas hoy le tiran piedra a las multinacionales que mañana visitarán de rodillas para pedir empleo»; a los policías mexicanos y a los guerrilleros colombianos; a los que visten camisetas con la imagen del Che Guevara «ignorando que fue un homofóbico asesino»; a los poetas que pretenden remediar su insolvencia con la página en blanco, manoseando una y otra vez, sin vergüenza, palabras supuestamente inspiradoras: «magia, nostalgia, melancolía, atardecer, crepúsculo o luna»; a las mocosas histéricas en los conciertos de Justin Bieber; a los estudiantes de finanzas de la British Columbia que se encuentra por las tardes en el café Blenz de Westbrook Mall a la salida del gimnasio, y en este breviario incompleto de odios no pueden faltar aquellos políticos y periodistas que cayeron en la moda «progre» de ser «incluyentes de género» contra todas las reglas del idioma y la brevedad, y que ahora utilizan expresiones femeninas imposibles como *presidenta*, *ídola*, *gerenta*, *irreverenta*, *canadiensa*.

(–¿Nunca tuviste que leer a Marx ni a Engels en Evanston? –le preguntó Charles.

–No, jamás –respondió ella, enfática–. Para las tareas leía resúmenes en Wikipedia o Google. No pensaba perder mi tiempo con unos mamotretos que, además de aburridos, la historia demostró que han sido inútiles y perjudiciales. Tienen muchos damnificados a sus espaldas).

Siempre vivió con la idea de que su pereza habitual, su acedia y su acedía (con y sin tilde), su abulia para emprender cualquier tarea, se debían a cuestiones puramente metafísicas, un confuso popurrí –por el que sentía orgullo– de nihilismo y decepción. (Charles decía que la naturaleza había sido con ella tan pródiga en talentos como en desganos). Cuando el médico del Lord Byng le mostró los exámenes de sangre que se había hecho para el empleo de entrenadora, ese argumento se le derrumbó por completo: tenía hipotiroidismo. A eso se debía su fatiga permanente. «¿En dónde queda el romanticismo ahora que la ciencia descubrió la fórmula química del espíritu? La melancolía de las pálidas princesas del siglo XVIII se alivia hoy con un poco de litio. La angustia existencial que puede asaltarme en cualquier momento se vuelve asunto del pasado con una pastillita blanca en ayunas». ¿Y qué sustancia deberá tomar para desapegarse de Luisa? ¿Cuál la hará olvidar aquella tarde siniestra en el Vignerón?

★

TENÍA QUE HACERLE HONOR A SU APARIENCIA DE TIPO instruido, y recurría permanentemente a citas rebuscadas para encandilar a su minúsculo auditorio. Charles decía que su autor favorito era Sámuel Literáti (aunque todos sabían que realmente era Borges), el anticuario húngaro que se pasó la vida publicando libros en lenguas falsas. «Ese tipo era un genio. Como no tenía nada para escribir, se inventó un idioma para no decir nada. Y hace más de un siglo la Universidad de Colonia abrió una cátedra dedicada exclusivamente a descifrar –sin éxito por supuesto– esos jeroglíficos». Alguna vez le prometió a Luisa, en broma y burlándose de su manía de leer autobiografías, que en Navidad le iba a regalar el diario de Shields, pero que no sabía si su biblioteca tendría espacio para el libro, que era un poco extenso.

–Dámelo, si no cabe boto los otros libros que me has dado, las obras de James Joyce y *En busca del tiempo perdido*. Con ellos no

he hecho sino perder el tiempo. De pronto ese Shields –¿así se llama?– sea más amable conmigo que Joyce y Proust.

–¿Estás segura? –preguntó socarronamente Charles–. Shields nunca paró de escribir. Todo lo que hacía durante el día y hasta lo que soñaba quedaba consignado minuto a minuto en su diario. Noventa cajas, más de cuarenta millones de palabras. ¿Todavía lo quieres?

Martín terció en la conversación y le preguntó a Luisa:

–¿Qué pasó con tu diario?

–Escribo poco. De vez en cuando lo abro y agrego detalles. Nada para escandalizarse.

–¿Y tu esposo lo sigue leyendo a escondidas?

Luisa no se molestó con el comentario, pero guardó silencio.

Charles cerró la tarde con una de sus frases:

–Todos los diarios íntimos comienzan como una confesión y terminan en justificación. Sus autores los aseguran con candado, pero no pierden la esperanza de que algún día crezcan reflectores sobre ellos.



Ducunt Volentem Fata, Nolentem Trahunt
«El destino conduce al que se somete y arrastra
al que se resiste».
Séneca

ES LA CLASE DE PERSONA A LA QUE UN MÉDICO LE GUSTARÍA dar malas noticias. Soltarle de repente en consulta algo así como «su examen salió positivo caballero, tiene cáncer». Alto, delgado, atlético. Con todo resuelto, saludable, bien vestido, y conduciendo autos último modelo. Martín estaba enterado de esa aparente buena estrella, de lo incómodo que el éxito significaba para muchos de sus conocidos, y procuraba no alardear en público (su abuela costarricense tenía un refrán: «No hables en voz alta sobre lo que te trae la felicidad, porque la envidia tiene un sueño muy ligero»); tampoco comentaba sus líos, sus traspiés, que con los años empezaron a convertirse en cicatrices difíciles de maquillar. Tenía el rostro típico de los atletas de fondo, que es el mismo –lo sugirió Charles alguna tarde– de artistas en permanente agonía como Ciorán, Schopenhauer, Balthus, Baudelaire, Kawabata o Poe; afilados como personajes de El Greco, tensos, desapacibles, en perpetua crispación. La angustia trocada en piel cetrina y poca

carne. «Ambos, los deportistas de larga distancia y los existencialistas, llegan al final de sus días en idénticas condiciones: agotados y con la certidumbre de que habían buscado frenéticamente, pero en vano, un pendón de llegada que se iba esfumando al ritmo que avanzaban. Un esfuerzo ingente para llegar a ninguna parte».

Martín estudió piano con profesores particulares desde los ocho hasta los catorce años, cuando le apareció una extraña dolencia en la mano derecha: distonía, «el cáncer de los músicos», un mal neurológico que no le permitía dominar los movimientos de sus dedos. La precisión que exigen Chopin y Debussy, la incapacidad de seguir por ejemplo a Edvard Grieg, ese pánico escénico que él después compararía con el de los tartamudos frente a un auditorio, fueron convirtiendo sus manos en un racimo de tendones sin control, incluso cuando solo rozaba el marfil del teclado. Se alejaba del piano y, como por arte de magia, la distonía se esfumaba. Hizo de todo para controlarla: vendas, muñequeras, ungüentos, yoga, Botox, acupuntura, hasta visitó a un santero en La Habana que sacrificó un huevo a falta de pollo en el altar de Babalú Ayé, pero esa batalla contra la rebelión de alguna parte de su cerebro estaba perdida. «Esa sí es una enfermedad de sangre azul, sofisticada –bromeaba años después–. Es una maldición que solo compartimos Schumann, Gary Graffman y Leon Fleisher».

Sin embargo, la distonía no es cosa de príncipes. Es el precio que se paga por las obsesiones, por la insistencia, por el afán de perfeccionar determinado movimiento. En las visitas al neurólogo cada seis meses por su dosis de toxina botulínica para el músculo insubordinado, Martín se fue enterando de muchas situaciones que parecían cómicas, pese a la tragedia que encerraban. Por ejemplo la del tenista que no tenía problemas para pegarle a la bola de todas las formas posibles, excepto en el saque. Cuando levantaba la raqueta, el antebrazo y la muñeca se le congelaban en un rictus doloroso y era incapaz de dar el golpe. O la anécdota

de la atleta californiana que aprendió a correr hacia atrás, porque cuando iba hacia adelante, la rodilla y el pie izquierdo entraban en una cadena de movimientos involuntarios que le hacía imposible seguir la marcha.

Así fue como llegó del piano a la bicicleta (según su mamá, un trasteo del glamour a lo prosaico: ella apostaba a que el bloqueo de Martín con la música era una simple pataleta de adolescente), y a los pocos meses ya estaba compitiendo con el uniforme del Safetti Team en los torneos de ciclismo de Vancouver. Fue durante los entrenamientos especiales de invierno, lo que llaman «preparación física pretemporada» cuando descubrió su verdadera pasión: el triatlón. «Nadar, montar en bicicleta y correr: hacer tres cosas a la vez es mejor que una. Si llueve, me refugio en la piscina del club. Si estoy resfriado, camino en la *treadmill*. Si no estoy de humor para entrenar ciclismo, corro en el Stanley o en Pacific Park. Si tengo todo un día libre por delante, lleno los bolsillos de mi camiseta con geles y barras de cereales, y me voy a rodar unas cuatro horas. ¿Te enferma la monotonía? Entonces para ti es el triatlón».

*

Nora

ME BURLÉ DE LUISA CUANDO AFIRMÓ QUE NO CAMBIARÍA nada de lo que había hecho en su vida. ¿No se arrepiente de una llamada telefónica, de un atajo, de una respuesta tonta, de esa tarde perdida con la persona equivocada, de tomarse una sopa que le produjo dolor de estómago, de un curso que no era para ella, de comprar unos zapatos que le quedaron grandes, de llegar tarde o demasiado temprano a cierta cita, de no haber aceptado tal invitación?

Si el destino me hace la oferta: *¿Nora, qué quieres cambiar de tu pasado?*, yo le respondería de inmediato: *¿Trae suficiente tinta y papel? La lista es larga y tengo la buena memoria de un resentido.*

La explicación de Luisa era previsible, la he escuchado miles de veces y en todos los paisajes, y no era necesario que brotara de sus labios agrietados por una tarde de sexo y marihuana: *–Aprendí de ese error; Todo pasa por una razón; Perderse es encontrarse; No hay mal que por bien no venga; Si una puerta se cierra, se abre otra más*

grande; Un paso atrás para dar dos adelante; El sufrimiento me hizo madurar, bla, bla, bla. (En mi familia se consuelan a menudo con este mantra de 2 Samuel 16:12: «Quizá el SEÑOR mire mi aflicción y me devuelva bien por su maldición de hoy». Para ellos una bofetada es una bendición: Hebreos 12:6-12: «Porque el Señor al que ama disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo»). Podría escribir un decálogo contra la esperanza, pero ¿qué sentido tendría? Los optimistas, pese a su ingenuidad, se levantan con un mejor aspecto que yo por las mañanas. (Y aquí, para mi tranquilidad, se me viene a la mente el refrán que me contó hace poco un amigo de la universidad, nieto de una pareja de judíos franceses que sobrevivieron al holocausto nazi: «Nunca olvides que los optimistas fueron a los hornos de Auschwitz, y los pesimistas a New York»).

A Luisa la queremos callada. Para decir la verdad, ella debería limitarse a los gemidos agudos y felinos que suelta cuando está a punto de estallar en un orgasmo. Los mejores orgasmos –es un concepto unánime en el Vigneron– que hemos visto por estas latitudes.

Sobre el asunto escribí algo que Luisa nunca dijo si le gustó:

Postal

*A ella no le hable de puestas de sol,
de lunas llenas, de cielos estrellados,
de paseos por las montañas.*

*A Luisa lo único que la estremece
–me lo dice con insistencia–
es el nacimiento de un orgasmo.*

★

–REBECCA –LE DIJO CHARLES A MARTÍN– PERTENECE A esa generación que para bien de ella no porta el virus de la religión. Actúa por instinto, es independiente y directa para hablar sin recurrir a fórmulas feministas; no ruega, no ora, no suplica, y así se evita el engorro de tener que dar las gracias. Lo que posee o padece es por culpa de ella, y punto. Hoy en ciertas sociedades es relativamente fácil ser libres o libertinos –como quieras juzgarlos–, a diferencia de las épocas apretadas que les tocaron vivir a Twain y Whitman, por allá en mil ochocientos, o muchos siglos más atrás a Hipatia de Alejandría.

Charles conoció a Rebecca por casualidad navegando en el chat de SweetCherry, y ese mismo día le ofreció dinero para seducir a sus amigos del Vignerón. Con Martín la tarea fue sencilla. A Luisa nunca la pudo contactar: era desconfiada por naturaleza, no respondía llamadas ni mensajes de extraños y así se lo advirtió a Charles. Con Nora fingió un encuentro casual en el café Blenz

de Westbrook, comieron torta de manzana y café late, y una hora después ya estaban en la cama de Nora. Rebecca le describió detalladamente a Charles ese primer «round» –hasta su perfume y la marca de ropa interior que llevaba–, pero después, misteriosamente, no volvió sobre el tema, y dejó de pasarle «reportes» de las citas que sostuvieron. Charles intuía que en ese silencio había algo interesante y le ofreció más dinero, pero Rebecca se deshizo de su insistencia con una promesa: –No, no, Charles, no la volví a ver, créeme, pero esta semana la llamo.

Para no perder a un buen cliente, la prostituta comenzó a jugar a ser Scheherazade: inventaba anécdotas con personajes siniestros, adornadas con los consabidos juegos de roles, lluvias doradas, sesiones dolorosas o humillantes de sado, cepos, *strapons* medievales, dildos sicodélicos, y él se las pagaba de mala gana con unos pocos dólares.

–Ya había escuchado ese rollo, es un refrito. Mejor cuéntame lo que está pasando con Nora –la presionaba Charles.

*

Martes 9 de agosto
de 2011, 5:21 p. m.

TIENE EL DON DE LA PREMONICIÓN DE ASUNTOS SIN importancia, de banalidades. Le ocurre que a menudo pronuncia una palabra, por ejemplo «CUMBRE», y un segundo después la ve impresa en una valla en la autopista, o la dice el locutor que está hablando por la radio, o se la escucha al desconocido con el que se acaba de cruzar en la calle. Un talento que no le sirve para nada, por supuesto. Le hubiera agradecido mucho a la naturaleza, eso sí, el don de la clarividencia, para haber previsto con suficiente anticipación la maldición que traería Rebecca a la vida de su reducido grupo de amigos.

Era uno de esos atardeceres largos de agosto, y el cielo brillaba sin nubes sobre Vancouver. Desde el balcón de su apartamento en el cuarto piso, Charles vio a Rebecca bajarse de la camioneta de Martín. –¿Para qué la trae aquí este idiota? ¿Qué pretende?, –se preguntó disgustado.

Martín a veces invitaba amigas a las reuniones con Nora y Luisa –como quien ofrece carne fresca a dos leones hambrientos– y por lo general estos experimentos no tenían un desenlace feliz. Ya habían hablado sobre eso muchas veces, pero Martín seguía insistiendo. ¿Por qué lo hacía? ¿Simple voyerismo, curiosidad, tedio o necesitaba ayuda para aplacar el apetito descomunal de sus dos amigas?

Por un momento a Charles se le pasó por la cabeza bajar al *lobby* y detener a Martín, advertirle que no era buena idea mezclar a Rebecca con Luisa y Nora, pero desistió. «Ya veremos en qué termina todo esto», pensó. «Ya lo veremos. De pronto hoy consigo algunas líneas para la novela».

★

Una tarde cualquiera en el Vigneron, antes del 9 de agosto de 2011

NORA ESTABA EN UNO DE «SUS» DÍAS. LA EMPRENDÍA contra todo. No podían tocar ningún tema, porque de inmediato ella desplegaba un amplio repertorio de diatribas. Política, religión, sexo, arte, literatura: cada cual llevaba su porción de ponzoña.

–No entiendo cómo tus padres te invitan a cenar. Ellos son muy creyentes y tú odias las religiones. Pareces una posesa –le dijo Luisa.

Nora la miró directamente a los ojos: –Desde hace mucho decidí no pelear contra el oscurantismo de mi familia. ¿Para qué, si así son felices? ¿Que le dan mucho dinero al pastor, que el tipo del púlpito les robó el espíritu? No me importa: los veo tontorrones pero sonrientes, en una especie de tranquilidad hipnótica. *Happy zombies*. Pienso que es preferible esa ignorancia vital que les permite dormir como bebés ocho horas por día, a estas amargas certidumbres mías. Realmente solo siento náuseas con el islam. Los

demás credos me importan un bledo. A los testigos de Jehová, por ejemplo, les puedes cerrar la puerta en sus narices y no pasa nada. A los cristianos modernos les escondes la billetera y te ignoran. Los judíos están orgullosos de ser un club exclusivo, no pretenden ganar adeptos. Pero con los islamistas ocurre lo mismo que con los hijos de Stalin y Marx: ellos tarde o temprano se meterán contigo y tus ideas. No respetan las diferencias; debes escoger entre la conversión o la espada. Mahoma les ordenó combatir a los infieles hasta que crean en Alá y su mensajero; lo dice textualmente el Corán. Y el problema es que tienen la estupidez y la violencia necesaria para arruinar tu vida.

–Eres la loca, la oveja negra de tu familia –sentenció Luisa, soltando un suspiro. Nora sorbió un poco de vino, y le contestó con indiferencia:

–En mi casa me tocó ser la encargada de las preguntas. Mientras todos parecen tener sus asuntos en orden y se limitan a trabajar y visitar el templo, a mí me trajeron al mundo con un legajo de dudas. Me veían tumbada en la cama, boca arriba y con los ojos abiertos, y creían que era flojera, cuando en realidad estaba haciendo el trabajo que ellos habían eludido: pensar.

★

En el diario de Luisa

CUANDO ENTRÉ HOY AL APARTAMENTO ME RECIBIÓ UN afiche enorme, enmarcado con molduras de madera y vidrio antirreflejo, que tenía impreso un letrero negro sobre manchas terrosas: LASCIA TE OGNI SPERANZA VOI CH'ENTRATE. Le pregunté a Martín qué significaba esa frase y él me explicó que era una advertencia en el umbral del infierno de Dante: PIERDAN TODA ESPERANZA QUIENES ENTREN A ESTE LUGAR. Yo les dije, a Martín y a Nora, que acababa de llegar en ese momento y se estaba quitando la chaqueta y nos miró con cara de «¿Qué pasa?», que ese cuadro me parecía un chiste flojo de Charles, y no entendía qué nos estaba insinuando. Ellos se miraron con esa expresión cómplice que les he notado últimamente y que detesto y me da mala espina, y Nora solo comentó que como arte conceptual no estaba mal, que a ella le gustaba el afiche, y siguió de largo hacia la nevera a buscar una cerveza, sin saludarnos. Cuando salí del Vigneron dos horas después, casi a las siete de la noche,

aún pensaba en el letrero que Charles había colgado encima del sofá, y opté por darle la razón: ese lugar se está convirtiendo en un infierno. Hoy por ejemplo arreglé las cosas para que Nora y Martín estuvieran juntos, los animé a que se divirtieran un rato ellos dos, pero luego sentí celos, se me llenó la cabeza de sangre y terminé descargando en Nora toda mi furia, un arrebató que ella confundió con un ataque de pasión. «¡Hey!, cálmate, cálmate que me está doliendo», me suplicó, pero yo seguí encarnizada en su pubis, hasta que logró liberarse de mis dientes y mi lengua. Ella es como veinte centímetros más pequeña que yo, pero tiene la misma fuerza de Martín y no me queda fácil inmovilizarla. Me tiré de espaldas extenuada en la cama y le dije a Martín que se acercara, que si me tenía miedo, y él se burló de mí y fue a sentarse a la salita. Así han transcurrido los últimos encuentros. Ni un solo instante de sosiego, batallas campales que me dejan vacía, sin energía, intranquila. Abandono el lugar con intenciones de no volver, pero apenas llego a mi casa recapitulo lo que ha pasado, miro a Jorge, mi esposo, jugando plácidamente en su consola de video, pienso en el trabajo que me espera mañana en el colegio, y siento que sube por mis venas otra vez el llamado del infierno. En este momento lo puedo escuchar. Su voz es nítida, ¡Me grita!

★

–ME ESTÁS HACIENDO MUCHAS PREGUNTAS SOBRE Nora. ¿No debería ser al contrario? ¿Has vuelto a salir con ella?

–Hemos hablado por teléfono y nada más. Parece que está ocupada por estos días. Siempre tiene una excusa. Pero si me cuentas más acerca de ella, de pronto hallo la forma de volverla a atrapar.

–Esa curiosidad me preocupa. –Charles jugaba con sus gatos que estaban sentados en el alfeizar de la ventana–. Dime qué te gustaría saber.

Rebecca carraspeó: –Lo de siempre: si tiene novia, amantes; si es lesbiana pura sangre o juega también en otros equipos; su familia de dónde es... Cosas así.

Charles soltó una carcajada que asustó a Dide, el mayor de los gatos, un nervioso ragdoll de pelo blanco, ojos cristalinos y nariz y patas rosadas.

–Eso te costará trescientos dólares.

La llamada duró más de una hora. Charles le contó todo lo que sabía de Nora desde que la conoció en Northwestern, hasta la última reunión que presenció en el Vigneron, dos días atrás. No se reservó nada. Le habló de Luisa, del *threesome* que tenían con Martín; de Joaquín, el portero hondureño que les llevaba hierba a domicilio; de los dildos averiados que se habían ido acumulando en la mesita de noche; de los gustos de cada uno. Hablaba cuidando las palabras, limaba los adjetivos como si estuviera haciendo un borrador de la novela que se había prometido escribir. Al final le volvió a mencionar los trescientos dólares.

Rebecca se quedó pensativa un momento, y luego le sugirió a Charles que la invitara a una de esas fiestas.

–No son fiestas, y no soy el anfitrión. Yo solo llego a saludar prudentemente cuando presiento que todo el jaleo terminó.

Rebecca se lo pidió una y otra vez, agotó sus recursos histriónicos, le suplicó, le propuso trabajarle gratis un mes, pero fue inútil. Charles no podía llevarla al Vigneron.

–Entonces le diré a Martín o a Nora que me inviten.

–¿Qué? –ladró Charles por el teléfono–. ¡No se te ocurra hacer una cosa así! Ese trío logró el equilibrio perfecto, los colmillos de cada uno nacieron para la carne del otro. Tu forma de ser, tus apetitos y tu inmadurez echarían a perder el rompecabezas. ¡No se te ocurra asomarte por allá!

*

Una noche cualquiera antes del 9 de agosto de 2011

LO PENSÓ VARIOS DÍAS ANTES DE LLAMARLA. ERAN LAS ocho de la noche, y no tenía hambre ni ganas de trabajar en la *webcam* o de sentarse a ver televisión.

–¿Sabes con quién hablas?

–Hola Rebecca, claro que sé quién eres. Grabé tu teléfono ese día.

–¿Qué haces? ¿Tienes que madrugar a trabajar?

–Eso depende.

–¿Depende de qué?

–De lo que quieras hacer esta noche.

–¿Nos encontramos en algún sitio? Estoy en Gastown.

–Ven acá, yo me voy dando una ducha mientras llegas.

–Voy si prometes ser más delicada esta vez –le susurró Rebecca–. Todavía tengo moretones en el cuello y en los muslos.

En el mismo tono de voz, Nora le preguntó:

–¿De verdad quieres que me porte bien?

Rebecca sonrió: –Me puedes maltratar, pero con delicadeza.

★

MIENTRAS MARTÍN REVISABA SUS POEMAS, SE DETUVO en uno que había permanecido por años sin retoques y que lo hubiera podido meter en problemas, o al menos en un incómodo interrogatorio con la policía de Vancouver por el asunto del Vigneron, si los detectives supieran algo de poesía. *Todo lo que uno escribe –pensó mientras seguía con el papel frente a los ojos– así sea etiquetado como ficción, tiene una frase entre paréntesis, una coma, un silencio, unos puntos suspensivos, que develan el ADN del propio autor.*

***Súplica de Vincent Heyward
–El Violador de Manhattan–
a su amante Nina Gilbert***

*Una llamada tuya,
hoy temprano, antes del mediodía,
podría hacer la diferencia
entre un amante apasionado
y ese loco que has visto en los noticieros
maltratando mujeres
en Harlem y Chinatown.
Cuando no te encuentro
y llevo algunos billetes en el bolsillo,
puedo darme el lujo de ir a recordarte
con la primera prostituta que se me ofrezca
por los lados de Orchard Beach.
O llamo a mi amiga Jelissa,
una travesti negra del Bronx
que siempre está dispuesta para mí
por 30 o 40 dólares.
Ahora no tengo un centavo
y espero tu llamada.
Salva una vida,
Salva la vida de Nicole, de Lisa, de Samantha,
de como quiera que se llame la víctima de hoy.
Llama antes del mediodía,
sálvame de mí mismo.*

★

En el diario de Luisa

¿QUÉ SIENTE MARTÍN POR MÍ? ÉL ME CUIDA, ESTÁ pendiente de mis cosas, a veces me ayuda con algunos gastos, pero no creo que sea amor. En todo caso, no esa definición clásica, tal vez anacrónica, que yo conozco de la palabra «amor». Hace unas horas pensaba en esto mientras lo veía jugar con Nora en el apartamento. La acechaba, la atacaba, la despellejaba, se perdía ratos eternos entre sus piernas tal como lo hace conmigo. Supongo que para él todas sus amigas íntimas significan lo mismo, piezas de carne anónima que devora sin miramientos, siempre y cuando cumplan con el requisito innegociable de ser magras y vitales. Ha sido muy generoso, además, cuando me ofrece como bocadillo, pasatiempo o cordero de sacrificio a ciertos invitados –hombres y mujeres por igual– con los que se aparece sin previo aviso en el Vignerón. ¿Alguien enamorado obra de esta manera? Él jura que sí, que lo importante es compartir orgasmos, vengan de donde vengan. Y lo dice haciendo énfasis en la expresión «compartir».

En la pasada Navidad, cuando Nora todavía no iba a las reuniones, Martín me dijo que tenía una sorpresa para mí y me tapó los ojos con una máscara negra de dormir. No protesté ni pregunté nada. Me dejé llevar. Cargaba con más de diez días de ganas contenidas y esa tarde podía tratarme como quisiera. Yo estaba desnuda y me sentó en el borde de la cama. Escuché que hacía ruidos en la salita contigua, que abría el lavamanos, que caían cosas metálicas al piso, tal vez unas llaves o la hebilla de un cinturón. Cuchicheos. Después noté la presencia de varias personas en el cuarto, aunque no supe precisar cuántas. Pasaron unos minutos de silencio en los que intentaba adivinar qué pasaba a mi alrededor, hasta que por fin Martín habló. «Este es el juego de la ‘gallina ciega’ para ver qué tanto me conoces», dijo, «pero no puedes usar tus manos, solo tu boca. Quédate quieta y adivina cuál soy yo». De inmediato alguien se situó frente a mí, muy cerca, y empujó contra mis labios lo que yo supuse que era un pene. Abrí tímidamente la boca, y la cosa empezó a entrar y a salir, entrar y salir, y todos mis sentidos estudiaban el olor, el sabor y el tamaño de ese miembro para saber si era el de Martín. «No, no eres tú», dije. Luego me pusieron otro, y otro, y tal vez otro más. No sabía si eran muchos tipos los que participaban o si estaban haciendo un carrusel. A veces yo decía «este eres tú», pero la voz lejana de Martín me advertía que estaba equivocada. Te voy a dar otra oportunidad, dijo después de un buen rato, y me paró de frente contra una pared, apoyada en las manos, las piernas abiertas, como cuando la policía requisa a un sospechoso. Esta vez la acción ocurría a mis espaldas, y se turnaban para penetrarme más o menos cada minuto. Notaba claramente la diferencia entre uno y otro, la fuerza del embate, el calibre de la verga que me atropellaba. En esta parte del juego yo pensé en el dicho popular que multiplican las revistas de farándula para consolar a unos cuantos: «el tamaño no importa». Claro que importa, y aquí lo estaba experimentando en carne propia. «¿Eres

tú? ¿Eres tú?», preguntaba, en medio de contracciones, y a veces nadie me respondía, y en otras Martín decía a secas «equivocada». Estaban muy excitados, lo noté porque jadeaban en mi cuello, les temblaban las piernas contra las mías que apenas se podían sostener, y porque algunos de los *jugadores* estiraban su turno dentro de mí. Chapoteaban, me derretía pierna abajo. El sueño de Mesalina, el de muchas mujeres que quieren sentirse tratadas como putas y sin contemplaciones de cuando en cuando. Martín me cogió de la cintura y me sentó en la posición inicial. «Utiliza una sola mano», me ordenó, «y llévatelos a la boca hasta que se corran. Veamos si al menos identificas el sabor». Fueron tres los que se vinieron dentro de mí: intuyo que Martín y otros dos a los que él no me dejó verles la cara. «Es mejor así», me dijo. «Sin rostros no hay remordimientos». Nunca le pregunté quiénes eran los fulanos, pero supuse por la contextura de los cuerpos que eran compañeros suyos de triatlón. Vuelvo y me pregunto: ¿alguien enamorado se comporta así? (A propósito: el sabor del semen de los tres era muy parecido, indiferenciable, tal vez porque toman las mismas vitaminas, y almuerzan juntos en los restaurantes naturistas de Kitsilano, y eso se lo dije al final de la tarde a manera de venganza, como dándole a entender que él no era más que cualquier otro, que no me quedaría difícil reemplazarlo).

★

Martes 9 de agosto de 2011, 5:22 p. m.

CRUZARON EL PARQUEADERO SALTÁNDOSE LOS separadores sembrados con azaleas recién podadas, y entraron en el Vignerón. El conserje los saludó con la amabilidad empalagosa de siempre:

–Señorita, buenas tardes, don Martín, como está –y sin dejar de mirar a Rebecca le dijo sigilosamente a Martín en español:

–Señor, tiene visitas en el apartamento.

–Sí, sí... No hay problema. Gracias de todas formas.

–Ah bueno –se recompuso Joaquín, un hondureño huesudo y aindiado de unos cuarenta años–. ¿Quiere que les ayude a cargar esos paquetes? ¿Quiere que les suba hierba más tarde?

–No, gracias Joaquín, le aviso si necesitamos algo.

Rebecca sintió la mirada del conserje estampillada en su espalda mientras esperaban en el *lobby* la llegada del ascensor, y solo pudo descansar cuando Martín oprimió el botón para el piso tres.

–No me gusta ese tipo, me da miedo su figura. ¿Qué te dijo?

–Solo me saludó –la tranquilizó Martín–. Me advirtió que Nora y Luisa ya están en el apartamento. También me ofreció marihuana.

Rebecca escuchó el nombre de Nora y se estremeció de nuevo. Sentía por ella una mezcla de temor y deseo: Nora había encontrado el lugar exacto de su cuerpo en donde los golpes se convertían en orgasmos. La puerta del ascensor se abrió en el piso tres.

★

CHARLES SE ESFORZABA EN APRENDER A ESCRIBIR como quería, pero inevitablemente tropezaba con esa lista de autores «indigeribles» que recomendaba Borges: Schopenhauer, De Quincey, Stevenson, Voltaire, Baudelaire, Mauthner, Yeats, Flaubert, Maupassant, Shaw, Carlyle, Léon Bloy, Chesterton. Tener al bonaerense como escritor de cabecera desde que era un niño lo intimidó, lo amilanó, literalmente lo paralizó frente al teclado. «¿Se puede escribir algo después de Borges y Proust?», se preguntaba en voz alta siempre que abandonaba un proyecto, esos bosquejos de novela que no pasaban del par de cuartillas. Le cerró los ojos a Borges, y buscó consuelo en los brazos de escritores que él consideraba «menores» pero terrenales como Kundera, Philip Roth y Alice Munro. Para avanzar más de dos renglones al día tendría que negociar sus exigencias con la literatura, hacer concesiones, permitirse algunos «lugares comunes».

¿Por qué este afán de escribir? Tal vez para justificar esa fama de ocioso que no le disgustaba, quizá como tarjeta de presentación, pero lo más seguro es que escribía para saldar cuentas con el mundo. No había publicado nada, y ya sus conocidos le huían como a Capote en sus años de genio entrometido y despiadado. Él mismo se los advertía: «No pueden abrirle su corazón a alguien que piensa escribir una novela. No hay persona más peligrosa en el mundo que un escritor sin tema».

«¿O será que escribo porque estoy enfermo de algo atroz, un virus, un síndrome, un mal exótico que desconozco? Ninguno de los autores que merecen adornar una biblioteca decente estaban en sus cabales o físicamente sanos cuando urdieron sus obras. Proust decía que la enfermedad era su rudo director espiritual y estoy de acuerdo. El mismo Proust sufría de asma; Chesterton, depresión y anginas de pecho; Flaubert, Poe, Dickens, Agatha Christie y Dostoievski, epilepsia; Joyce, además de casi ciego, tuvo glaucoma, sífilis, artritis, depresión, úlceras y finalmente una peritonitis que lo mandó a la tumba. Byron era cojo y maniaco-depresivo. He averiguado sobre el tema: Jonathan Swift apenas podía soportar sus severas depresiones y un vértigo de Menière; Borges, Milton y Homero vivieron en una noche eterna por la ceguera; Shelley, las hermanas Brontë, Bécquer, Kafka, Chejov, George Orwell, Camus, Mishima y Keats figuran en la lista de tuberculosos, y este último se consolaba diciendo que esa era una enfermedad particularmente amiga de la gente que redactaba versos. Herman Melville logró escribir toda su obra flagelado por la depresión y el alcoholismo, y Jack London no detenía la pluma, pese a que sufrió de escorbuto, disentería, todas las enfermedades venéreas de la época, infecciones en las manos y cálculos renales. Se desquitó de sus males con casi cincuenta novelas. Kerouac jamás hubiera escrito *On The Road* si una lesión de rodilla no lo obliga a dejar el fútbol. Y la lista de alcohólicos irredentos es infinita: Li Bai,

Faulkner, Tennessee Williams, Françoise Sagan, Fitzgerald, Vladimir Nabokov, Norman Mailer, Poe, Verlaine, Beckett, Graham Greene, Steinbeck, Bukowski, Cocteau, Stephen King, Malcolm Lowry, Hemingway, William Burroughs, Joyce, Capote. Lo poco y malo que yo mismo he escrito se lo debo a mis largos episodios de tedio, y a las alergias que me visitan inevitablemente de febrero a junio todos los años. Mi proyecto progresa cuando estoy en cama. En mi opinión, los autores más prolíficos en la historia de la literatura han sido la señora Esquizofrenia, el señor Alcohol y el doctor Bacilo de Koch». Charles no creía en el mito arraigado de que la genialidad y la locura van de la mano, ni en que la creatividad fuera un subproducto de la demencia. Le parecía más acertada la tesis que Faulkner compartió con sus lectores en *The Paris Review*: «Un artista es una criatura impulsada por demonios. No sabe por qué ellos lo escogen y suele estar demasiado ocupado para preguntárselo. Es completamente amoral en el sentido de que será capaz de robar, tomar prestado, mendigar o despojar a cualquiera y a todo el mundo con tal de realizar la obra. El artista tiene un sueño, y ese sueño lo angustia tanto que debe liberarse de él. Hasta entonces no tiene paz. Lo echa todo por la borda: el honor, el orgullo, la decencia, la seguridad, la felicidad, todo, con tal de escribir ese libro que sueña». Charles consideraba que todos los artistas –y aquí incluía a Dios– no lo serían si tuvieran una pizca de escrúpulos. «Amoralidad pero no locura extrema: un toque de extravagancia o excentricidad pueden ayudar, pero no esa alienación que envilece o desenfoca la realidad por completo. Las editoriales deberían advertir en las portadas de los libros si estos fueron escritos en sano juicio o si sus autores estaban en estado demencial. Es un detalle muy útil y sencillo para orientar a los lectores: El título de la obra, el autor, y entre paréntesis: ESTABA EN SUS CABALES, o por el contrario ESTABA EN TRATAMIENTO SIQUIÁTRICO. Las obras de Hölderlin, Nietzsche, Virginia Woolf, Poe, Lovecraft,

Emilio Salgari, Sylvia Plath y David Foster Wallace son ciclotímicas como lo fueron ellos. Y ni hablemos de la locura mística de Chesterton, que lo trasladaba, sin mediar advertencia, de la genialidad a la vergonzosa actitud de pastor presbiteriano».

★

«Debo de ser un poco imbécil, debe de haber una falla en mí, algo grave, debo de estar negado a la narración: por eso me hice poeta».

César Aira

–DEBERÍAS VIAJAR AL MEDIO ORIENTE Y PASAR UNA temporada en Amán, en Tombuctú, en El Cairo, en Riad; pernoctar en Medina, conversar con los beduinos de Hiyaz, para que entiendas mejor el islam –la regañó Charles–. Estás criticando sin fundamento, nunca has hablado con un árabe.

–¿Quieres que me lapiden? ¿Sabes cuánto duraría con vida en Arabia Saudita? La Biblia y el Corán, en algunas de sus páginas, advierten que «por sus hechos los conoceréis». Veo los noticieros todos los días y puedo darme cuenta de quiénes son exactamente los árabes extremistas. A los bebés afganos los amortajan recién nacidos y los dejan así durante un año, pero parece que el cerebro les queda amortajado por el resto de sus vidas. Mira lo que han hecho con el mundo, están jalando la humanidad hacia atrás, quieren devolverla veinte siglos. Mientras unos pocos países occidentales empujan el vagón del progreso hacia el siglo XXII, el islam se empeña en devolver el carro a la prehistoria. Los futurólogos advertían

que las nuevas guerras serían por el agua. Se han equivocado: para vergüenza de todos y gracias al «profeta», esas guerras serán religiosas. Y la peor noticia es que avanzan como plaga bíblica. Estoy segura de algo: desde la casa de tu papá en Quebec ya se ven al otro lado del mar las puntas amenazantes de los minaretes que han colonizado Europa. ¿Qué hora es? Si prestas atención puedes escuchar ahora mismo el llamado de los almuédanos. Además, para conocer de cerca la cultura musulmana, mejor me compro un tiquete para París. París está siendo colonizada por los hijos de Alá gracias a la «corrección política» de los humanistas europeos. Te voy a dar un dato sacado de una película de terror: por cada hijo que tiene una pareja de franceses, las parejas de musulmanes engendran ocho. Engendrar viene de *engendro*, ¿verdad?

–Tu ignorancia es atrevida, Nora. En Europa todavía se comportaban como bárbaros cuando los musulmanes ya dominaban el álgebra, la astronomía y los principios básicos de muchas de las ciencias actuales. El oscurantismo cristiano cegó a la humanidad durante mil años, y esta nube negra islámica solo lleva una década. Supongo que has oído mencionar a un tal Aristóteles pero no a un sabio musulmán llamado Averroes. Pues bien, sin el segundo, los rastros del primero se hubieran perdido para siempre. Él evitó que los documentos del filósofo griego alimentaran la inmensa hoguera que se levantó en nombre de Cristo por toda Europa en la Edad Media. A los musulmanes les debemos además *Las mil y una noches*, y la poesía sufí. Para mí, esto último los redime de todas sus vilezas. Saca la calculadora: mil años de oscurantismo cristiano, contra diez de estupidez islámica: Occidente queda debiendo.

–A un hombre le queda fácil entender el comportamiento misógino de los árabes, aunque creo que tú durarías menos que yo en esas latitudes. –Nora miró burlonamente a Charles, anticipándose a lo que iba a soltar–: Los homosexuales en tierras de Alá son una especie en vía de extinción.

Charles sonrió con el comentario, y le pasó la botella de vino a Luisa para que sirviera otra ronda.

–Allá funciona todo con sus propios códigos –dijo–. Dentro de los hogares, las mujeres visten escotes y shorts que compran en las tiendas de New York, y solo tienen que ponerse sus abayas en público. Los gay hacen lo propio: todo pasa de puertas para adentro. Y pasan muchas cosas. Pero por el momento solo tengo pensado empacar maletas para viajar a tu país. Quiero ver en qué consiste eso que llaman *Encuentro Internacional de Poetas*.

–¿Estás loco? ¿Qué vas a hacer allá? Colombia es un país de mafias, y el cartel de los poetas es el más peligroso. Unos intelectuales pequeño burgueses que se hacen pasar por socialistas se apropiaron de esos eventos, y créeme, Charles, no solo disparan malas metáforas. Al menos uno sabe a qué atenerse con los maleantes declarados. Pero con estos tipitos que huelen a descuido y anacronismo, nunca podrás anticipar el golpe.

Charles suspiró resignado.

–Borges solía decir que un país con abundancia de poetas está condenado a la pobreza. Supongo que, como siempre, tenía la razón.

★

CUANDO NORA LLEGABA AL VIGNERON ANTES DE LA hora pactada, escribía a mano poemas cortos que luego pasaba por el rodillo de la máquina de escribir Remington Quiet-Riter de los años cincuenta, que Charles puso en la mesita de la sala a modo de escultura. Los abandonaba ahí discretamente, esperando ser descubiertos. Se volvió costumbre: si Nora llegaba primero y estaba desnuda o en ropa interior liando un porro, con ademanes de *femme fatale*, Luisa y Martín debían ir a la Remington por el poema.

–No son poemas –protestó ella–. Ni son haiku, ni epigramas, ni nada que tenga que ver con literatura.

–¿No? ¿Qué son entonces?

–Son algo así como crucigramas o sudokus. Ejercicios matemáticos. El desafío consiste en colocar cada letra, cada palabra en el lugar que le corresponde dentro de una intención inicial. Es

difícil porque nadie sabe con exactitud si el resultado es el correcto, si estás equivocado o no. Lo dejas en manos de tus oídos: si desentona debes buscar por otro lado. O romperlo.

–Nora, créeme, son poemas cortos –la corrigió Martín, conteniendo la risa que se le dibujaba en el rostro–. Estás luchando contra la naturaleza. Eres poeta, lo quieras o no.

Martín extrajo el papel del rodillo y leyó en voz alta, haciendo pausas, dramatizando:

Despedida con advertencia de capitulación

*No puedes volver.
Sin embargo
la parte de ti
que nunca me falló...
Esa puede entrar
cuando quiera.*

Resultó que todos en el Vignerón –pese a su pudor por reconocerlo– escribían. Peor aún, se comportaban a menudo como «intelectuales», ese oficio que les producía repugnancia. Charles, el único que aceptaba sostener ciertos tratos con la literatura, era hasta el momento el que no tenía nada para mostrar. –¿Y cuándo veremos algo de tu novela? –le preguntó Luisa en cierta ocasión.

Charles se fajó un monólogo que por prudencia nadie se atrevió a interrumpir ni comentar:

–Pasa algo muy extraño con lo que escribo. Tengo dos teorías al respecto. Una, que por las noches me levanto sonámbulo y como Penélope con el sudario, deshago el trabajo del día anterior. La otra es que cargo a cuestas la maldición de Sísifo: lo que escribo en la tarde y me parece que está listo para la imprenta, en la mañana siguiente lo rompo para comenzar de nuevo. Pueden llamarlo

«escrúpulos estéticos». Mi escritorio está lleno de hojas en blanco de papel bond. Aquí donde me ven soy el tipo más endeudado que conocen: tengo una novela por escribir y a Borges azuzando a mis espaldas. Él aseguraba que la literatura debe ser una de las formas de la felicidad. Eso lo puedo repetir como lector, pero jamás como escritor.

Ninguno esperaba una confesión tan emotiva de Charles. Martín le propuso que tomara NZT-48. –¿Recuerdas la película *Limitless* de Bradley Cooper? El protagonista es un escritor al que no le salen las frases como quiere, y por casualidad se encuentra con su antiguo vendedor de cocaína que le ofrece una droga milagrosa que a la postre habría de sacarlo del atolladero: la NZT-48.

–Ah, claro, la NZT-48 –lo interrumpió Charles– ¿Cómo no había pensado en ella? Llama a Joaquín, pídele que nos traiga un frasco.

–No me has dejado terminar. Puede que no exista una pastilla con ese nombre, pero hay muchas que sirven para el mismo propósito. En este mundo circulan drogas para todos los gustos y para cualquier oficio. ¿Sabías que hasta los ajedrecistas se dopan para pensar con mayor claridad? Los ciclistas toman caféina para mejorar su resistencia, estar alertas y subir el ritmo cardiaco, y los deportistas de tiro al blanco la evitan porque les hace temblar las muñecas, pero en su lugar toman algo que les da bradicardia, les baja las pulsaciones a menos de cuarenta por minuto, y así logran disparar entre latido y latido. Estamos en la feria de las drogas por si no lo sabías: ¿quieres pasar toda la noche leyendo sin espabilar? Te metes dos o tres Red Bull y asunto resuelto. En el mercado encuentras pildoritas para el sexo, para la felicidad, para resistir varios días seguidos de juerga, para escalar el Himalaya, para saltar más alto, correr más rápido, o ganar kilos de músculo en pocas semanas. También las hay para escribir. No estoy asegurando que te transformen en un buen escritor, así como los anabólicos no te

convierten en el rey del Tour de Francia, pero al menos te ayudan a dar lo mejor de ti mismo.

–Lo sé, pero voy a intentar otra temporada escribiendo como un amateur, con la sangre limpia.

Nora terció en la conversación:

–En Northwestern estudiamos ese tema. Incluso hicimos experimentos con nosotros mismos. Si Charles no hubiera desertado tan temprano de la universidad no estaría pasando por estos apuros.

–Sé de qué me vas a hablar. De lo que escribieron Aldous Huxley y Antonin Artaud intoxicados con mescalina; del LSD, de Ken Kesey, de Hunter Thompson, de los Merry Pranksters, de Baudelaire y hasta de Allen Ginsberg. A todos los he leído con desgano y ninguno me interesa. ¿Qué tomaba Borges para escribir? A lo sumo cuatro tazas de café al día. O jarradas de mate. ¿Y Proust, además de comer magdalenas con té frío? Hay quienes creen que los escritores son una especie de médiums que deben recurrir a los psicotrópicos para comunicarse con esos seres superiores que les soplan desde el más allá sus páginas. Dicen que a Yeats le llegaban metáforas a borbotones a través de la *ouija*, y él luego las pulía en la tranquilidad de su estudio. ¿Se las dictaba el fantasma de un antiguo poeta? ¿Yeats tenía entonces derecho a publicarlas con su firma?

–Tal vez ustedes opinen que la inspiración no existe, que las musas son un invento cursi de poetas mediocres –dijo Nora con voz muy suave–. Si es así, ¿de dónde vienen esos adjetivos, esas frases esclarecedoras que nos asaltan a media noche, y que fueron esquivas durante todo un día de trabajo?

Charles se apresuró a responder:

–Durante el sueño tu cerebro sigue procesando la información que le has suministrado y a la hora menos pensada arroja una respuesta. Es una computadora que no descansa.

–Charles, no puedes negar que al cerebro hay que ayudarle para que rinda a su cien por ciento –le insistió Martín–. Deberías probar con inyecciones de vitamina B. Van directo a las neuronas. O con Modafinilo. Y como eres alérgico al ejercicio, una larga caminata por la tarde, antes de que anochezca, te refrescaría las ideas. Los escritores de antaño caminaban tardes enteras por el campo, y parece que esa receta les funcionaba. Algunos deportistas llegan, sin proponérselo, a un estado de conciencia especial –clarividencia–, parecido al que logran los yoguis y los monjes budistas cuando meditan. Tiene que ser un entrenamiento de muchas horas, tranquilo, aeróbico, a un 60 % de las pulsaciones. Lo he experimentado una media docena de veces sobre la bicicleta. Llevas unos cien kilómetros rodando y, repentinamente, sin aviso, te olvidas de la fatiga, el camino se ilumina, sientes oleadas de euforia, y cae del cielo, como un milagro que no esperabas, la frase que va a rescatar ese poema que dabas por perdido.

Charles le respondió con su habitual sarcasmo. Estaba muy bien entrenado en el arte de la insolencia, su deporte era la esgrima verbal, y no dejaba pasar oportunidad para descargar un golpe de florete contra el que tuviera cerca: –En alguna parte leí que los deportistas son medio tontos, que el oxígeno se lo gastan en los músculos y les queda muy poco para alimentar el cerebro. Ya va siendo hora de que elijas entre Whitman y la bicicleta.

*

EL VIGNERON ES UN BLOQUE DE LADRILLOS GRISES DE cinco pisos, en medio de dos manzanas de edificios de la misma altura y con fachadas y antejardines idénticos, a unos pasos de la entrada principal de la Universidad. Desangelado, soso, sin personalidad. Si a Charles le tocara describirlo, seguramente se ahorraría la tarea utilizando los adjetivos de Borges en el cuento *La muerte y la brújula*. Bastaría con cambiar el letrero Hotel du Nord por el de Vignerón: «Una torre que reúne la aborrecida blancura de un sanatorio, la numerada divisibilidad de una cárcel y la apariencia general de una mala casa». Bueno, lo de mala casa es una exageración: en esta parte de la ciudad las malas casas saben guardar las apariencias, y los propietarios se aseguran de instalar ventanales blindados a la curiosidad de sus vecinos.

El 317 no tenía más de sesenta metros cuadrados. Para conocer todo el piso bastaba con pararse en el umbral y mirar de izquierda a derecha sin mover un pie. La salita de la entrada, una cocineta

ejecutiva, una barra-comedor, dos sillas altas y al fondo, sin muro divisorio, estaba la alcoba con una cama tamaño *king*, una mesita de noche color wengué y la puerta de vidrio que daba al baño. En las paredes blancas una secuencia de cinco fotogramas en pequeño formato de la película de Leni Riefenstahl, *Olympia*. La sobria decoración, los pertrechos de la cocina, las sábanas, las toallas, la máquina de escribir antigua y los libros y revistas que descansaban sin orden en la mesa del recibidor pertenecían a Charles. Ni Luisa ni Nora ni Martín guardaban objetos personales en el apartamento (chaquetas, libros o ropa interior), como dando a entender que estaban allí para tratar un asunto específico y nada más.

¿Por qué Charles les prestaba ese apartamento? Ni él mismo lo tenía claro. Tal vez por su adicción a los asuntos retorcidos, o para practicar su español, o por el banquete visual que representaba el cuerpo desnudo de Martín, o simplemente –por qué no– «estaba haciendo un estudio psicológico del comportamiento humano en relaciones promiscuas», que le podría ser útil algún día en su incierta novela. El Vignerón era una fogata intermitente que renacía una o dos veces al mes cuando lo visitaban esos fantasmas hambrientos que llegaban siempre de prisa, se desollaban el uno al otro, y salían de allí redimidos y a las volandas.

Pensó muchas veces en hacer lo que hizo William Baldwin en la película *Sliver*: poner cámaras ocultas por todos lados y observar desde la seguridad de su alcoba lo que pasaba en ese cubículo, en esa jaula de fieras, pero nunca se decidió. La tecnología y él no se la llevaban bien, y no quería cometer un error que ahuyentara a sus amigos.

★

Traduttore, traditore

–¿DE VERDAD APRENDISTE ESPAÑOL SOLO PARA LEER a Borges?

–Supongo que sí, tal como lo hizo John Ward, el personaje ficticio de Borges, que pasó por esa misma tortura para leer *El Quijote*. Si no leo a Borges en español, no podría asegurar que realmente conozco su obra. Uno se puede aproximar a un escritor por las traducciones, pero nunca se puede jactar de que lo leyó si no lo hizo en su lengua original. Quien haya leído a Joyce o a Jacques Prévert en alemán o en alguna versión portuguesa, por ejemplo, miente si dice que lo hizo. ¿Cuántas traducciones al inglés hay de Kavafis? Tal vez quince, y cuando lees el mismo verso publicado por diferentes traductores sientes que alguien te está estafando; ellos –los traductores– no se resisten a la tentación de poner frutos de su propia cosecha en las obras ajenas.

★

Amantes, amentes. «Los amantes son dementes».
Plauto

Martín

¿CUÁNTOS AÑOS LLEVAMOS LUISA Y YO CAMINANDO sobre hielo muy delgado? Sabíamos lo que estaba en juego en el Vignerón, y sin embargo continuábamos correteando (por inercia o por la comodidad de no encarar decisiones enojosas) sobre algo parecido a esas trampas mortales que resultan ser los lagos en febrero. En cualquier momento, por un desliz o un descuido tonto, la débil escarcha que nos soporta va a flaquear y nos mandará al abismo. Un mensaje sin borrar, una llamada a la hora equivocada, un conocido de su esposo o de mi novia que nos ve salir juntos del edificio. O un embarazo, o una enfermedad venérea inocultable. Luisa es precavida al extremo y le gusta repetir como advertencia un refrán que solo se lo he escuchado a ella: *el diablo es cochino y sabrá cómo ensuciarnos*. Es la encargada de «borrar huellas» y «no dejar rastros». Algo ha debido aprender de series policíacas como *Breaking Bad*, *CSI* o *True Detective* a las que es adicta, y de las novelas de Patricia Highsmith, Kurt Wallander y otros autores

de novela negra que lee todas las noches hasta la madrugada. Una vez ella llevaba en su bolso *Siete cuentos misóginos*, de Highsmith, y me puse a ojearlos, y le pregunté si estaba haciendo un curso intensivo para detective. «No, solo para cometer un asesinato perfecto», me respondió. Ella es así, impredecible. Algunos días es la impecable relacionista del Lord Byng que debe atender de ocho a cinco de la tarde a los padres de esos alumnos nuevos que van al colegio en busca de información, y otros es una especie de delincuente que disfruta pasarse de la raya y violar reglas. Le advertí que si después de tanta televisión y más de cien novelas ese crimen no resultaba perfecto, me iba a decepcionar. «Es posible que ya lo haya cometido y ni siquiera estés enterado», replicó muy seria. La miré a los ojos y le dije que para el próximo trabajo contara conmigo, que yo sería su cómplice y ella me respondió que en un crimen perfecto no pueden existir cómplices. Al menos, no cómplices que respiren. Luisa estaba aprendiendo a bromear en las ligas mayores.

*

Martín

EL SEXO ME TRANSPORTA A LAS ZONAS MÁS PRIMITIVAS del cerebro. Es un viaje expedito al hipotálamo del hombre de Cromañón o de Neanderthal que no dura más de lo que me toma bajar una cremallera y quitar un par de prendas. Luisa estaba en posición de perrito, apoyada en los codos y las rodillas. Yo tenía una vista privilegiada de todo su trasero, y se lo abría con la mano izquierda mientras la sujetaba de la cadera con la derecha. Una postal deliciosa: el hoyo del culo entreabierto, y mi verga hurgando sin afán en las entrañas de su vulva. A veces empujaba con furia, y en otras era todo un caballero. Cromañón-caballero, cromañón-caballero, cromañón-caballero. En un momento dado vi que le estaba saliendo un hilo de sangre y le pregunté si tenía la menstruación. Respondió que no, que estaba en la mitad del mes, que no parara, «¡Sigue!, ¡sigue!» me ordenó, y entonces yo le grité, entre orgulloso y burlón, que le había roto algo por allá dentro, y empujé con más fuerza, todo lo profundo que pude, hasta que me vine. Alguien escribió que el hombre es un animal triste después

del orgasmo. Yo creo, por el contrario, que el hombre posorgásmico se convierte en la versión más lúcida posible de sí mismo. Con el recuerdo de ese día dándome vueltas en la cabeza escribí el borrador de un poema que por supuesto nunca le mostraré a Luisa, y que citando una frase de Borges repetida por Charles a menudo, «no creo que merezca el dudoso honor de la tipografía».

Un cuento maorí

En ese momento solo se me ocurrió decir algo que había escuchado en una mala película para adultos:

–Me lo chupaste como si fueras a secar un río.

Luisa me respondió con sarcasmo:

–Humm... No me di cuenta. ¿Te dolió? Los maorís creen que el espíritu de un hombre abandona el cuerpo durante la eyaculación y luego vuelve a entrar purificado. Creo que me tragué el alma de tus últimas tres reencarnaciones (risas).

–Espera, espera, ¿qué haces? No sigas, espera –le supliqué.

–Siento que sigo sin alma... Déjala regresar.

–Solo quiero resucitar ese cadáver (risas). Estoy segura de que si lo atiendo como corresponde puedo convertirlo en un príncipe rozagante en cuestión de segundos (más risas).

Ahí estaba Luisa entre mis piernas empezando de nuevo.

De repente –y esto sonará a lugar común– recordé el trabajo que dejé pendiente en la oficina, la cita con el odontólogo en media hora y la comida en la casa de mis suegros.

Parece que había recuperado el alma y la razón.

¿Cómo se lo explicaría a Luisa?

¿Los maorís no mencionan nada sobre el espíritu de las mujeres?

★

*«Ardeat ipsa licet, tormentis gaudet amantis». Aunque ella arda
también en el deseo, se complace en atormentar a su amante.*

Juvenal

«Amor crescit dolore repulsae». El amor crece con el dolor del rechazo.

Ovidio

«Amantium irae amoris integratio est». Riñas de enamorados, renovación del amor.

Terencio

«Nil ego, quod nullo tempore la edat, amo». Yo amo lo que es capaz de ocasionarme un tormento.

Ovidio

«Perfida, sed quamuis perfida, cara tamen». Péfida, pero a pesar de péfida, querida.

Tibulo

«Dicere quae puduit, scribere iussit amor». Lo que me daba vergüenza decir, me ha mandado el amor que lo escriba.

Ovidio

LUISA A VECES SE COMPORTA COMO UNA ADOLESCENTE con sus estrategias de seducción: se desaparece por días, no contesta el teléfono ni los mensajes que le dejan Nora y Martín: se hace humo. Cansada de estos trucos pueriles, Nora comprende que lo más prudente es dejarla en paz –no buscarla– hasta que Luisa decida que ya es suficiente y aparezca más intensa y fogosa que nunca.

Recetas de la abuela

*He descubierto un antídoto infalible
para dejar de sufrir por Luisa:
Me basta con pensar en los dedos largos
y húmedos de Anne Sexton,
recito en voz baja su poema
La balada de la masturbadora solitaria,
sigo al pie de la letra las sencillas instrucciones,
y de inmediato Luisa
–como por arte de magia–
vuelve a su insignificante estatura.*

–¿Una estatura «insignificante» es más o menos como la tuya?

–Más baja aún.

–Ustedes son solteros y pueden disponer de su tiempo como quieren. A mí me toca cumplir con un horario en el colegio, ayudarle a Jorge con las cosas de la oficina, sacar los perros a pasear dos veces al día, limpiar el apartamento, hacer la cena, ir al supermercado y al gimnasio, pagar cuentas. No se imaginan cómo es un día mío... ¿Les queda muy difícil entender eso?

★

23 de diciembre de 2009

«La última vez que Dios apareció fue hace como dos mil años y no hizo más que trucos baratos de prestidigitador, dejó que unos cuantos judíos le liaran y luego se largó».

Bukowski

CHARLES Y NORA SE ENREDARON EN UNA CONVERSACIÓN sobre «lo inextricable que resultaba la maldad –por demás muy ingeniosa– del universo» (palabras de Charles), y la forma en que cada uno se podría desquitar de esa «realidad inconvencible». «La Navidad da para conversaciones trascendentales», les dijo Luisa desde la cocina mientras abría un frasco de mantequilla de maní. Charles dijo que su venganza con la existencia consiste en mantener como príncipes, en un mundo artificial y feliz, a sus tres gatos.

–A la torre que les he construido –aseguró con vehemencia– no entran las privaciones, ni el dolor del mundo real. Ellos deben suponer que la vida es así, que tienen derecho a todo, que basta con un tímido ronroneo para que alguien corra a satisfacerles sus caprichos. Los miro y pienso: con lo que hago por ellos justifico mi existencia.

Mi revancha –dijo Nora (y le salió el discurso de un solo tirón como si lo hubiera ensayado muchas veces)– sería a través de la

religión, esa especie de alcohol barato que me ha hecho pasar tan malos ratos. Montar una iglesia cristiana sería el mejor desquite y es una tarea relativamente sencilla. Los ingredientes: una bodega de trescientos metros cuadrados, doscientas sillas blancas de plástico, el kit de evangelización de Jack Van Impe o de Cathy y Jesse Duplantis que no cuestan más de mil dólares, y un grupo de música góspel. Ah, y no está demás entrenar la memoria para recitar, tan a menudo como pueda, sin levantar sospechas, los versículos en los que la biblia pondera los diezmos: Génesis 14:20, Levítico 27:30, Hechos. 20:35, Deuteronomio 14:22, Corintios 8:9. Algo le aprendí a mi papá. Me veo en un púlpito blanco gravitando sobre las cabezas de mis ingenuos borregos: «Hermanos –bramo y miro al cielo–, está escrito en Corintios 8:9: ‘Adelanten los preparativos para esa colecta que habían prometido. Debe ser una ofrenda generosa, sin tacañería. Recuerden esto: el que siembra escasamente, escasamente cosechará, y el que siembra en abundancia, en abundancia cosechará. Cada uno debe dar según lo que haya decidido su corazón, no de mala gana ni por obligación, porque Dios ama al que da con alegría’. Malaquías 3:10: ‘Traed todo el diezmo al alfolí para que haya alimento en mi casa; y ponedme ahora a prueba en esto –dice el señor de los ejércitos–, si no os abriré las ventanas del cielo, y derramaré para vosotros bendición hasta que sobrea-bunde’». Veo también a «mi» gente –porque ya son propiedad de uno– aplaudiendo de pie y bendiciéndome: «amén, amén, amén». No hay personajes más extraños que los feligreses. No entiendo de qué planeta son. Un pastor cuasianalfabeta les puede ordenar: «traigan a sus esposas y a sus lindas hijas a mis aposentos para acostarme esta noche con ellas», y la grey responderá feliz «amén, amén, así sea». «No se emborrachen, no deseen la mujer del prójimo, no mientan, no roben, que yo me encargaré de hacer todo esto por ustedes», y los atolondrados responderán en coro: «amén, amén, así sea». Claro que la graduación como maestra consistiría

en crear mi propia religión al estilo de David Koresh, Jim Jones, Ron Hubbard o Joseph Smith, y por supuesto escribir mi «libro sagrado».

Nora llevaba años preparándose para el sarcasmo. Cuando le preguntó a Luisa cómo se desquitaba ella de la vida, Luisa le ofreció una galleta con forma de Papá Noel y le dijo en el tono más cursi que encontró, mientras le daba un beso en la boca, que ella era su revancha.

–La Biblia también tiene algo para esas personas como tú –le replicó Nora–.

No escaparás a mi sermón de hoy: Santiago 1:5: «Si alguno de ustedes tiene falta de sabiduría, pídale a Dios, quien da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada».

Luisa estaba de buen humor y simplemente le cerró los labios con otro beso.

–Es víspera de Navidad –le susurró–. Mejor hagamos una tregua y pórtate bien el resto de la tarde.

★

-¿NUNCA HAS ESCRITO NADA QUE NO SEA PORNOGRAFÍA?

-Cuando tenía quince o dieciséis años escribía cuentos cortos. Pero también tenían cierta dosis de maldad, no te ilusiones.

Mariposa

*-Me gustan tus alas, tus antenas,
tu cuerpecito dorado -dijo el niño a la mariposa.*

*Tonto -pensó la mariposa-.
No sospecha que soy la horrible oruga
que lo asustó ayer en el jardín.*

-Eso está mejor que lo que escribes ahora -se burló Luisa-. Los poemas que traes al apartamento parecen escritos con un lanzallamas.

–¿Poemas?

–Bueno, como los quieras llamar.

–Mira este otro, recién le agregué una posdata:

En clase de teología

El profesor le dice a su aplicado aprendiz:

–Estudia los movimientos de ese avispón.

*Observa cómo le inyecta una toxina paralizante
al grillo que acaba de atrapar.*

*Así se lo comerá lentamente, sin forcejeos,
sin matarlo de inmediato.*

*El asesino comienza con las extremidades
y las partes que su pobre víctima
no necesita para seguir viva.*

Y esta,

*impotente y horrorizada,
ve cómo va desapareciendo su cuerpo
en las mandíbulas de aquel ser monstruoso.*

El suplicio dura días, a veces semanas

*–dependiendo del apetito del avispón–
que viene al nido a comer carne fresca
cada que se le antoja.*

*–Oh, las criaturas de Dios. Alabado sea Dios,
el misericordioso –responde el alumno.*

*–Así sea... Ahora veamos cómo una boa constrictora
de dos metros devora en segundos un tierno cachorro
de gato montés.*

(Nota al margen, frente al espejo:

Tiene cincuenta años, y como en la historia del perverso avispón,

*ahora descubre con resignación que los años le han cercenado
-o envilecido- algunas de sus mejores piezas).*

★

«Ellos mueren por una sobredosis de sensibilidad: lo que sienten no les cabe en el cuerpo y terminan por explotar».

J. ZIPP, amigo íntimo de Amy Winehouse, en su funeral.

SALVO CIERTOS DETALLES, LA VIDA DE MARTÍN PARECE perfecta. Trabaja unas pocas horas a la semana en la oficina de arquitectos de su padre, vive solo en una casona inmensa en West Vancouver, frente a la playa, viaja a las montañas en verano, y no le faltan amigos. Sin embargo, hace un repaso cada mañana de lo que tiene y es como si abriera el álbum fotográfico de una familia que no conoce; nada de lo que ve ahí le produce emoción ni sentimiento alguno. Se burla de sí mismo porque adivina que tal vez en diez o quince años volteará a mirar hacia atrás con nostalgia, y pensará: «qué buenos momentos los que pasé en esa época».

¿A qué aspiraba cuando era un adolescente? A nada tímido en todo caso: a convertirse en un bronce en la mitad de Stanley Park, a merecer el letrero luminoso de Hollywood en Mount Lee, o a inmortalizarse sobre las rocas como uno de esos próceres tallados en el Rushmore en Dakota del Sur. Con los años fue tomando conciencia de sus limitaciones y empezó a apuntarle a blancos un

poco más modestos: ganar una triatlón local, publicar sus poemas en *Prism International* y arrebatarle algunos puntos al día a día.

Dirá que es la historia de un buen amigo

*Guarda en el cofrecito de caoba
la foto que le tomaron hace muchos años
en una competencia de ciclismo en su pueblo,
dos medallas de latón, un diploma escolar
y el carné vencido del gimnasio.*

*También guarda allí,
estoy seguro,
sus intenciones de ir a la olimpiada,
de aparecer en el índice de las revistas deportivas,
y de convertirse en el mármol de esos dioses
que siempre están hablando mal de la fama.*

«¿Por qué no me he suicidado?» –se preguntó en un largo correo que le escribió a Luisa cuando esta lo felicitó el día de su cumpleaños–. «Siempre pensé que estaba predestinado a eso, y que lo haría antes de cumplir los treinta. Ahora tengo treinta y uno recién cumplidos, y ‘el tren de los veintisiete’, el de los amigos del Club Maldito, partió hace mucho sin mí. En ese vagón viajan con decoro Robert Johnson, Jimi Hendrix, Janis Joplin, Brian Jones, Jim Morrison, Kurt Cobain, Basquiat, Egon Schiele, Breece D’J Pancake y hasta Amy Winehouse. Créeme que dejé pasar angustiada esa oportunidad. El último plazo para ser digno. Si no se toma la decisión a los veintisiete uno empieza a barajar el asunto, a negociar con el espejo, a postergar la cita. Esa edad es como el kilómetro treinta y tres en una maratón, lo que llaman «la pared». Es el momento en el que escuchas voces que te advierten: «no si-

gas, detente, esta agonía no vale la pena, lo que viene será peor, retírate». Desoí el consejo y ahora me toca aceptar resignado lo que venga. ¿Terminaré como el vejete de la novela de Kawabata que pagaba por dormir al lado de niñas desnudas que han sido drogadas hasta la inconsciencia, o mi final será como el del mismo autor japonés que se suicidó a los setenta y tres años, arrinconado por las humillaciones que le habían traído los años? ¿Me uniré a la legión de fantasmas del Tapestry Village –el hotel para ancianos cerca de la UBC– que salen como animalitos tropicales de sus guaridas a las diez de la mañana para calentar los huesos al sol? ¿Emigraré en invierno a un hotel discreto en La Florida para hacer más soportable el dolor de las rodillas y la espalda? No dejo de pensar en eso: la senectud, ese terrible destino que nos espera a todos si no tomamos medidas oportunas... O si un accidente fatal no se apiada de nosotros, como sí lo hizo con mi amigo Matt Janyk. ¿Te acuerdas de él? ¿Aquel tipo de Manitoba al que mató un auto fantasma hace tres años cuando corría de madrugada por Cornwall? Él alardeaba constantemente de su fortaleza, y juraba que se iba a enloquecer si algún día se le empezaba a caer el pelo o dejaba de funcionarle «su aparato» con las mujeres. Bueno... ahora no tiene esas preocupaciones.

★

En el diario de Luisa

¿PREOCUPACIONES? PARECE QUE SOY UN IMÁN PARA ellas, y el correo que me envió Martín en su cumpleaños agrega una más a esa lista inicua. Siempre he creído que él se mece sobre un abismo, sacudido por las pasiones y el desprecio por la vida. Nunca me había escrito una carta tan íntima, tan personal. Él, por lo general, me manda fotos pornográficas, lecturas eróticas, párrafos de Sade, videos de *strapon*, *bondage*, *Ultimate Surrender* (chicas desnudas luchando, mis preferidas), y esto que me escribió hoy me dejó aturdida. Me contó sobre su inclinación por el suicidio, de su admiración por un grupo de suicidas conocido como «El club de los veintisiete», de su mejor amigo que había muerto precisamente a esa edad, y del miedo que le tiene a la vejez, a la deshonra que ella significa. Escucha esto: «Uno de mis pasatiempos en verano es observar a los ancianos en la playa, las ruinas en las que se han convertido esos cuerpos que de seguro hace treinta años lucían carnes brillantes, templadas y vigorosas. Los veo y

es como vislumbrar la próxima estación de tren a la que inevitablemente –de vértigo en vértigo– me lleva la vida. Para allá voy, pienso y maldigo mil veces. Hace tres años estuve en una feria de deportes en Friedrichshafen, y conocí a Eddy Merckx, el mejor ciclista de la historia: campeón del mundo, del Tour de Francia varias veces, del Giro de Italia, de la Vuelta a España, y de todo lo que se le antojara ganar. Ahora tiene como setenta años, veinticinco kilos de sobrepeso, mucho menos pelos que cuando lo llamaban ‘el Caníbal’ por su fiereza en las competencias, y supongo que no recorre más de cuarenta kilómetros a la semana en su bicicleta. Cuando lo vi firmar autógrafos no pude dejar de pensar que era un impostor, que no era correcto que ese señor se vanagloriara de los triunfos que había logrado el joven Merckx. Su piel, su pelo, sus dientes, las células que componen sus huesos y vísceras han mudado o cambiado cientos de veces en todo este tiempo hasta volverlo casi irreconocible, hasta volverlo *otro*. Incluso en este momento debe tener distintas creencias, certidumbres, fobias y manías. Él, el Merckx que está frente a mí, no es el mismo de los años sesenta, es una caricatura ajada, un remedo maltrecho del campeón legendario. Despojos. Ninguno de nosotros está libre de caer en esa trampa: la de llegar a la vejez para empezar a rescatar del olvido los trofeos y diplomas que nos ganamos varios lustros atrás. ¿Sade, el autor de *Justine* y de *Juliette*, es el mismo Sade que pasó sus últimos días vencido por los achaques en el manicomio de Charenton? Por supuesto que no. Esa frase en el poema de Mastronardi: *Soy lo que fui: tiempo acumulado*, es una gran falacia».

*

Nora

LUISA ME LLAMÓ ESTA MAÑANA A DECIRME QUE ESTABA muy preocupada por un correo de Martín en donde dejaba entrever tendencias suicidas y su temor a la vejez. Le pedí que me lo reenviara. Lo leí unas tres veces y luego la llamé y le dije que a mi parecer esa carta era una simple «pataleta» existencialista, que yo conocía de cerca el talante de los suicidas, y Martín estaba a kilómetros de serlo. Entonces le conté la historia de Jane, mi vecina, una rubia muy bonita más o menos de mi edad, que se suicidó hace cuatro años. Ella no era diferente a las otras muchachas de Kitsilano, extrovertida y familiar, pero de la noche a la mañana apareció con el pelo teñido de negro, vistiendo prendas oscuras y accesorios típicos de los Emo. Empezó a leer a Cioran, Schopenhauer, Nietzsche y, peor aún, a Thomas Ligotti –textos mortalmente tóxicos para una posadolescente– y así se lo advertí alguna vez que me la encontré inmersa en *Breviario de podredumbre*, escuchando a AC/DC, tirada en un descampado de Locarno Beach.

Le dije, medio en broma, medio en serio, que cada libro de esos que leyera equivalía a subir un peldaño hacia el patíbulo. Parece que no me hizo caso porque unos meses después se suicidó. ¿Y sabes cómo lo hizo? Luisa me respondió con otra pregunta: «¿Se ahorcó?». Sí, le dije, y cuando camino por el frente de su casa me la imagino en la alcoba apilando *Desgarradura*, *Silogismos de la amargura*, *Así habló Zaratustra*, *Humano, demasiado humano*, *La tentación de existir* y *Death Poems* de Ligotti. La veo subiéndose en el inestable banquillo de papel con una soga en la mano. La veo enlazando la viga del techo, cerrando el nudo alrededor del cuello, y cómo, sin inmutarse, le da una patada a esos libros infames que la habían encaramado allí.

El correo de Martín es depresivo pero no se lo dije a Luisa. Y sus reflexiones, por cierto, no son para nada originales. En una entrevista que leí hace poco en *Runner's World*, no sé si de Murakami o de un poeta francés al que también le gusta correr, el autor aducía algo muy parecido a lo que escribió Martín: «El libro que me atribuyen fue publicado hace muchos años. En esa época yo tenía bastante pelo, corría la maratón en 3:27 –quince minutos menos que ahora–, no me dolía la espalda, mi presión arterial era de 110 sobre 70, el nivel de glucosa en ayunas 82, el colesterol total 180, y manejaba excesivos ímpetus y pocos temores. La firma en la carátula es mía, sin duda, pero me da cierta vergüenza afirmar que soy su autor. De lo que fuimos solo quedan las cicatrices y algunos recuerdos que el cerebro benévolamente ha ido decantando». Yourcenar pone en boca de Adriano esta sentencia: «He llegado a la edad en que la vida para todo hombre es una derrota aceptada». La veterana campeona canadiense de culturismo Alice Whitfield escribió en su biografía: «A los 45 años, cuando la vejez nos ha empezado a dar los primeros mordiscos y las lesiones se quedan a vivir con uno, la rutina diaria para mantener el cuerpo en condiciones más o menos decentes resulta larga y costosa (cremas

anti-arrugas, bloqueadores solares, vitaminas, hormonas, dietas bajas en calorías, correctores, bases, largas sesiones en la peluquería para teñir el cabello). A esa edad tenemos que ir escogiendo la foto con la que seremos recordadas, porque a partir de los 50 no debes permitir cámaras fotográficas frente a ti. Hay que espantar a los fotógrafos argumentando que están a punto de cometer un acto indecente, un agravio, una descortesía con alguien a quien ya le pasó su mejor momento... Una persona sensata hará todo lo posible por recorrer el mundo antes de cumplir los 50. De los 50 a los 65 su tarea consiste en buscar un lugar cómodo para sentarse a mirar el paisaje: un refugio en las colinas, una banca de parque, la barra de un bar, una mesa silenciosa en la biblioteca pública. A partir de los 65 debe poner en orden sus cosas, reconciliarse con familiares y amigos, y reservar un espacio en el cementerio de su agrado. Mi madre que fue una mujer muy bella y ahora tiene 84 años, me confesó que este verano en la playa solo aspira a pasar desapercibida, o al menos a no levantar comentarios piadosos entre sus vecinos».

Lo que escribió Martín es letra antigua para mí. «Algunos vamos hacia el matadero con los ojos abiertos», decía mi abuelo colombiano, y los míos no los cierro ni cuando duermo.

Mi primera humillación frente a la vida fueron las gafas para conducir, a los diecisiete o dieciocho años. Supongo que la última será aceptar la compañía de un bastón o de un caminador con rueditas. En casi todas las culturas vemos a los ancianos como seres buenos, casi santos. De pronto eso es verdad. Los achaques que llegan con los años los han purificado, les han lavado sus culpas, los han puesto a paz y salvo con el universo. Las enfermedades, las dolencias, los impedimentos propios de la vejez son tan purificadores como la flagelación para un fanático del Opus Dei, o las «ofrendas» en dinero para un cristiano.

★

ERAN LAS SIETE DE LA NOCHE Y EL CIELO PERMANECÍA iluminado por el sol rojizo de ese 29 de junio. En el apartamento 317 del Vignerón, Luisa, Nora y Charles conversaban sobre el correo que escribió Martín el día de su cumpleaños. Desde hacía más de una semana Martín estaba en Mont-Tremblant, al otro lado del país, y no se había comunicado con ninguno de ellos desde entonces. «Ni siquiera llamó para despedirse», se quejó Luisa. Charles se burló de todos ellos:

–¿A estas alturas de la vida todavía se hacen preguntas existencialistas? Los temas trascendentales pasaron de moda hace siglos, lo mismo que los suicidios por amor o depresión.

Luisa lo interrumpió contrariada:

–¿Estás hablando en serio? ¿No sabes que la depresión es una enfermedad muy dolorosa? ¿Qué te preocupa a ti entonces?

–Pocas cosas, de verdad –respondió Charles–. Quizá solo tres asuntos me quitan el sueño: encontrar el adjetivo adecuado en la

frase del día, saber qué opinión tienen mis gatos de mí, y qué suerte correrán si yo me muero primero que ellos... Además, si uno se va a suicidar, debe hacerlo por nada, porque sí o empujado por situaciones extremas: una bancarrota imprevista, un mal ruinoso, incidentes de ese estilo, no como Mishima que se inventó un estúpido *happening* nacionalista.

–No sabes nada de suicidios. El suicidio es inherente a la depresión. No conozco el primer suicida feliz –insistió Luisa.

–Cuando es una depresión inoculada por algún tipo de «cucaracha nihilista», estamos entonces frente a un grave cuadro de anacronismo –ripostó Charles– . Y eso sí es imperdonable. ¿Conocen la poesía de Kyle Findlay?

Ni Luisa ni Nora lo habían oído siquiera mencionar.

–Era un poeta marginal de Seattle. Murió de sida hace como quince años. Escuchen esto. Me lo memoricé desde la secundaria. Es la descripción de un paisaje otoñal que incluye vejez, enfermedad, depresión y mucha amargura. –El gutural acento anglo-francés de Charles y su voz pausada de locutor de la BBC le dieron al poema el «toque» melodramático que necesitaba para captar la atención de las dos chicas.

Mamuralias

No creía en el infierno

pero hoy lo vi de cerca.

Yo estaba en una banca de Seward Park

perdiendo el tiempo,

y pasó frente a mí una colegiala de unos catorce o

quince años.

El anciano que caminaba penosamente

en sentido contrario se detuvo a observarla,

*le dijo algo que no pude escuchar,
y luego se volteó a mirar con dificultad
(con cierto aire de resentimiento)
la sombra de esa niña
que huía de allí visiblemente ofendida.*

*Yo no creía en el infierno
Pero hoy me tocó el hombro.*

Nora comentó entre risas que ese poema era una mala imitación de Kavafis. «Martín escribió algo similar sobre ancianos y niñas, lo debo tener en un archivo del computador. Esta noche lo busco y se los mando», les prometió.

Luisa la miró irritada:

–Al parecer Martín ya tiene antólogo, reseñador y biógrafo... y no sabemos qué otras tareas cumple para él.

–Supongo que a tu correo llegan cosas más explícitas y fáciles de digerir –le respondió Nora.

Las dos recogieron sus cosas y se marcharon cada una por su lado dejando a Charles solo en el apartamento con una botella de vino recién descorchada sobre la mesa. «Y eso que no saben que hay una tercera mujer en disputa», pensó, tratando de entender el espectáculo que acababa de ver.

★

CUANDO LLEGÓ A SU CASA, NORA TIRÓ EL MALETÍN del gimnasio encima del sofá, encendió el computador y empezó a buscar el poema. No fue difícil, lo tenía en una carpeta que había nombrado simplemente como «Martín». Encontró dos versiones del poema: uno fechado el 21 de enero y el otro, el 7 de abril de 2011. Nora dedujo que Martín quedó decepcionado con el primer borrador porque en el segundo no conservó ni una sola línea del original, salvo el título, al que le agregó una sentencia en francés de Oscar Wilde.

«Este me gusta más que el anterior pero no lo sigas corrigiendo o terminarás escribiendo 20 versiones de esa historia», –le escribió a Martín el mismo día que recibió el poema.

Esta es la versión inicial:

La lección de guitarra, 1934

*Soñó con pavor que era la estatua
que adornaba el patio de una escuela de niñas.
Que no podía mover el cuerpo,
atrapado como estaba,
en esa piel de bronce.*

*El pavor durante el sueño se acrecentaba
cuando las niñas salían a recreo
y corrían a su alrededor
con las falditas a cuadros hinchadas por el viento.*

«La realidad no está muy lejana de ese sueño», pensó.

*Balthus extiende sus brazos,
trata de alcanzar sin fortuna a las impúberes con el pincel,
y como le ocurre a la estatua de esas noches desapacibles,
se tiene que conformar
con verlas brincar a los brazos de sus madres,
cuando vienen a recogerlas a las cinco de la tarde
en su estudio de Rossinière.*

Esta noche tampoco tendrá sosiego Balthasar Klossowski de Rola.

La segunda versión fue escrita en primera persona:

Balthus: la lección de guitarra, 1934

Le seul moyen de se délivrer de la tentation, c'est d'y céder.
Oscar Wilde

*Yo les he dicho a todos en Rossinière
que mi profesión es pintar ángeles.
Entonces las señoras del pueblo
me traen a sus hijitas
para que las pinte desnudas.*

*Ellas se quitan la ropa delante de mí
sin ningún pudor
porque al fin y al cabo
solo soy un viejo artista
que se ha vuelto famoso
por convertir en seres celestiales
a las niñas del vecindario.*

*Cuando yo era chico
pintaba gatos,
pero un día se me apareció Dios
y me ordenó pintar niñas desnudas.*

*Muchos se han escandalizado con mis óleos:
dicen que son obscenos,
que son la obra de un degenerado,
y yo para tranquilizarlos
les muestro las cartas y reliquias
que me llegan desde El Vaticano
-de su santidad Juan Pablo II, mi amigo-
y también los invito a que vean en mi cuarto*

*el retrato de la virgen de Czestochowa
a quien le rezo todas las noches.*

Las niñas se quitan la ropa delante de mí sin ningún pudor.

*Yo cierro los ojos, respiro profundo,
y para darme valor
pienso que hoy será otro día difícil,
que vendrá el demonio a tentarme,
pero que me dedicaré a lo que sé hacer:
pintar angelitos.*

★

Correo de Charles a Nora

NORA:

Existe una lista de pedófilos intocables, con pedigrí: Balthus, Lewis Carroll, Vladimir Nabokov, Woody Allen, Roman Polanski, David Hamilton y otros artistas de sangre azul que aparentemente han mantenido a raya su apetito por las niñas impúberes, pintándolas, tomándoles fotos o escribiendo sobre ellas, con el pretexto de que lo suyo es arte, un intento por capturar a estos seres casi demonios, casi ángeles, que la mitología y la ciencia han clasificado en vano.

Los antiguos pueblos celtas (si podemos confiar en Borges) no adornaban las paredes de sus casas con imágenes de dioses, sino por el contrario, con las caras de sus enemigos. Se sentían más seguros si no los perdían de vista. ¿Eso haces tú? ¿Las niñas son el monstruo que hay que vencer? ¿Por qué coleccionas los álbumes fotográficos de David Hamilton? ¿Por qué Martín te regala afiches con las pinturas del Conde de Rola? Sospecho que ustedes tres

–Luisa, Martín y tú– darían cualquier cosa por tener «angelitos» como los de Balthus a su entera disposición en el Vigneron. Pero ese encuentro en lugar de obras de arte o películas memorables, solo produciría carne desgarrada y quizás una discreta mención en las páginas judiciales del *Vancouver Sun*. Y yo –lo sabes bien– no sería capaz de transformar todo eso en literatura.

*

Una noche cualquiera antes del 9 de agosto de 2011

SI NORA IBA A ESTAR FRESCA Y RECIÉN DUCHADA, LO mejor que podía hacer Rebecca era buscar los baños de la zona de restaurantes, cambiarse de ropa interior (por su trabajo siempre empacaba pantis de repuesto en el bolso), y darle un retoque al breve maquillaje que acostumbraba llevar. Se puso unas gotas de perfume en el cuello, destapó un chicle de yerbabuena y salió de allí decidida a enfrentar al vampiro sediento que la esperaba en Kitsilano.

–A Kitsilano, por favor –le dijo al taxista que la recogió frente al Steam Clock– Avenida uno con Stephens.

Revisó que sí tuviera suficiente dinero para pagar la carrera («esta locura me va a costar más de 80 dólares ida y regreso», pensó) mientras en la radio del Toyota Prius sonaba una canción de Nirvana:

*Voy hacia la trampa
con los ojos muy abiertos...
¿Qué quieres hacer conmigo?*

–¡Aumente el volumen por favor! –le pidió al chofer, y empezó a cantar con Kurt Cobain la canción que sabía de memoria:

*No tengo mucho para perder.
Me encerrarás en una jaula
Y no me tiemblan las manos.
¿Quién será el león
y quién será el cordero hoy?
Deberías tenerle miedo
a alguien que te abraza
con los ojos abiertos...*

El taxista, un tipo de piel morena y barba de algunos días, tal vez tunecino o marroquí, la vigilaba por el retrovisor. Rebecca subía el tono de la voz –gritaba– cada que se repetía la estrofa:

*¿Quién será el león
y quién será el cordero hoy?*

Tomaron por Hastings hasta Burrard, pasaron por los hoteles del centro, por Cactus Café, por el frente de las vitrinas de Victoria's Secret, por el Sheraton, y cuando subían el puente sobre False Creek, Nirvana ya era cosa del pasado y se escuchaba *Bravest Face* de Rush, aunque Rebecca seguía tarareando el coro de *Lion or Lamb*. En menos de cinco minutos estaban en Cornwall, giraron por Point Grey Road antes de detenerse en el 2228 de la calle Yew. La casa donde vivía Nora era de dos pisos, una construcción antigua de madera como todas las de esa parte de Kitsilano, pintada de azul aguado con detalles blancos en la cornisa y las barandas de la escalera y el porche. Ella ocupaba el segundo piso, y el bajo lo tenía arrendado a su prima Conny, quien solo venía a dormir unas pocas horas en las noches después de doblar turno en un supermercado

cerca de la playa. Rebecca pagó el viaje: \$ 33.50, miró el reloj: 9:12. Nora había sentido la llegada del taxi y la esperaba en la puerta vestida con un pantalón deportivo y una camiseta gris de algodón con las iniciales y el escudo de la UBC, descalza y con el cabello todavía húmedo.

–No puedes creer lo que venía escuchando en el auto –le dijo Rebecca mientras le daba un beso en los labios y entraba en la casa.

–Déjame adivinar, ¿algo de Nirvana?

–Sí, sí... ¿cómo lo supiste?

–La empezaste a cantar cuando te bajaste del taxi: *Lion or Lamb*. Es muy extraño que alguien tan joven escuche esa banda.

–Amo a Nirvana, amo a Cobain, me quita las palabras de la boca –dijo Rebecca, y siguió con la canción–:

*¿Quién será el león
y quién será el cordero hoy?*

–¿El taxista encontró rápido la dirección?

–Sí, llegamos en menos de dos canciones. ¿Estás sola? ¿No vi-
ves con nadie en esta casona?

–Ya te lo había dicho, tienes mala memoria. A veces mi mamá viene a preparar comida, asear los cuartos, y se queda a dormir. Me sigue cuidando como a una adolescente. Y en el sótano vive mi prima.

–Supongo que traes muchos corderitos a esta guarida.

–Jamás, tú eres una excepción. Le prometí a la dueña de la casa que nunca haría fiestas ni escándalos aquí a cambio de que me cobrara barato. Es una señora de la iglesia de mis papás.

–Entonces mejor me tapas la boca con algo...

★

NORA: HOY EN *THE VANCOUVER SUN* APARECIÓ LA LISTA de los libros más vendidos en cada país. No adivinarían quién encabeza la lista en Alemania... Hagan un intento. ¿Se rinden? Si no lo veo en las noticias, no lo creería jamás: Paulo Coelho. Escucharon bien: el autor de estupideces como *El alquimista* y *La quinta montaña*, ese sudaca con ínfulas de profeta recién investido es ahora rey indiscutible en la patria de Nietzsche, Hermann Hesse, Kant, Goethe, Marx, Schopenhauer, Hegel, Heidegger, Thomas Mann, Bertold Brecht, Leibniz y Schiller. Si esto pasa en Alemania, me doy por vencida. No tenemos salvación. Las peores profecías se están cumpliendo: es el fin de la humanidad... Bueno, no exageremos. Solo es el fin de la civilización.

Charles: No te preocupes por esa lista. Borges decía que la estupidez es muy popular. En Estados Unidos y Canadá el trofeo de los *best sellers* siempre ha estado en las manos de señoras y secretarias aburridas: en los años treinta la reina era Margaret Mitchell, con

Lo que el viento se llevó. Ella le entregó el cetro a Grace Metalious que escribió una novelita titulada *Peyton Place* y el éxito la convirtió en millonaria y alcohólica. Después vino *El valle de las muñecas* de Jacqueline Susann, que vendía más de mil copias por día y agotó el papel en las imprentas de New York por varios meses, y a este engendro le siguió Harry Potter, de esa increíble máquina de hacer dinero llamada J. K. Rowling. Nunca verás a un escritor que se tome las cosas en serio rompiendo un récord de ventas.

Martín estaba ocupado en la ducha con Luisa y desde allá les gritó que solo le interesaba la actualización del *Index Librorum Prohibitorum*.

–¿El qué? –le preguntó Luisa.

–El índice de los libros prohibidos por la Iglesia. Tú y yo hemos caminado sobre esa lista muchas veces.

*

Una tarde cualquiera en el Vigneron, antes del 9 de agosto de 2011

NO HABÍA ESCAMPADO DURANTE TODO EL DÍA. ERAN las seis y media de la tarde, y en la calle la temperatura bajaba de los cuatro grados. Charles tocó suavemente con los nudillos la puerta del 317. Esperó unos segundos antes de hundir el botón del timbre. Ya se iba a marchar, cuando escuchó que del otro lado Martín le hablaba: –Charles, enseguida te abro. Dame un momento.

Martín abrió la puerta, y el quebequense preguntó si podía entrar, «si no era inoportuno», mientras pasaba y se sentaba en el sofá. Luisa, Nora y Martín estaban terminando de vestirse, y en el ambiente todavía flotaba el olor a marihuana y cerveza. En la emisora que mantenían sintonizada, Virgin Radio Vancouver, sonaba *Call Me Irresponsible* de Michael Bublé.

–¿Quieres tomar algo? –le preguntó Luisa, y se acomodó a su lado con un espejito en la mano izquierda, y el lápiz labial en la otra.

–Si se van a quedar un rato más, podríamos preparar café. Nunca había sentido tanto frío.

Martín fue a la cocina y buscó en los cajones un paquete de café orgánico marca Britt que su papá le traía de Costa Rica cada vez que viajaba a visitar a sus parientes. Se tomaron una jarra entera de café amargo y espeso; hablaron del clima, de la reelección del alcalde Robertson, de las protestas del movimiento Occupy, y al final, ya sin tema y aburridos, Charles les propuso un juego. Uno de sus juegos:

–Esta es una pregunta como de reinado de belleza –les dijo–. ¿Si alguien les pide que escojan una palabra, la más importante en sus vidas, la que más les gusta o los identifique, cuál escogerían?

Nora y Martín se miraron y guardaron silencio. Luisa se apresuró con una palabra previsible que la definía muy bien: «libertad». Charles por su parte llevaba preparada la respuesta:

–Mi primera palabra es «humedad». Representa el deseo, las ansías, la agonía. En los estados más extremos del hombre aparece la humedad: cuando sientes miedo te sudan las axilas y las palmas de las manos. Frente al plato servido, la lengua se te deshace en saliva. Y decir «excitación sexual» es como decir «humedad». Supongo que saben de qué les estoy hablando. También rescataría la palabra SODOMÍA, no por su significado literal, sino por todo lo que nos trae a la cabeza: trasgresión, exploración, pasar límites, saltarse cercos.

Sus tres amigos explotaron en una carcajada.

–Sí, sí. Todos aquí sabemos de qué estás hablando –le dijo Nora–. Y compartimos tus gustos. Amamos la palabra sodomía.

*

NORA LLEVA DIEZ MESES HACIENDO UN TRABAJO SOBRE escritores árabes para la UBC. Anoche soñó que publicaba una novela en donde exponía –sin ahorrar adjetivos– el desprecio que siente por los musulmanes radicales. Disfrutó del éxito que tuvo en las librerías, de los titulares en los periódicos y de las conferencias que dio por todo Canadá, hasta que alguien pintó en la puerta de su casa un letrero en árabe que la policía le ayudó a traducir: se trataba de una *fatwa* emitida por el imán de una mezquita de Riad que la condenaba a muerte por blasfemar contra el profeta.

Se despertó con ganas de vomitar.

Ese mismo día le escribió a Martín:

No hay peor dictadura que la que están viviendo los países supuestamente civilizados: la dictadura de las minorías. No se puede hacer una chanza ligera sobre un negro o un musulmán, porque corres el riesgo de ser arrestado o despedido del

empleo. ¿Qué pasará cuando se conviertan en «mayorías», conocida su capacidad para reproducirse como cucarachas? ¿Podemos esperar de esas «nuevas mayorías» la misma comprensión y generosidad que las sociedades «políticamente correctas» han tenido con ellas? La tolerancia con los intolerantes está llevando la humanidad a la ruina.

–¿Por qué me escribes eso? ¿Qué te pasó hoy? –le respondió Martín.

–Nada, solo fue un mal sueño. O una visión. El tiempo lo dirá.

★

Martes 9 de agosto
de 2011, 5:25 p. m.

MIENTRAS RECORRÍAN EL OSCURO PASILLO HACIA EL apartamento, Martín se preguntaba cómo iban a reaccionar sus amigas cuando lo vieran entrar con Rebecca. Nora no causaría problemas, pensó, pero Luisa era impredecible, temperamental, una especie de licántropo que transforma esa apariencia de niña suave y mosquita muerta en gata acalorada cuando llegan desconocidas al Vignerón. Es posible que solo frunza el ceño y diga con un mohín que no le gusta la intrusa, pero también puede ocurrir que caiga en uno de sus ataques de histeria, insulte a diestra y siniestra, recoja sus cosas y se esfume por esa puerta durante varias semanas.

★

A FINALES DE MARZO, ALGUNOS MESES ANTES DE LA tragedia y el escándalo en el Vigneron que le cambió la vida a los cuatro amigos (a los cinco si contamos a Rebecca, o a los siete si también tenemos en cuenta a la novia de Martín y a Jorge, el esposo de Luisa), Martín le regaló a Luisa el nuevo accesorio que desarrolló Apple para los amantes: el iLove, una pequeña caja blanca con dos artilugios. El primero es para la mujer: tiene forma de mariposa, y se adhiere al panti o se puede sujetar con una cinta elástica transparente alrededor de las caderas, y va ubicado contra el clítoris. El del hombre es un anillo para la base del pene, y, al igual que el de su pareja, tiene dos opciones de sujeción: una especie de ocho que abraza los testículos y el pene, o el elástico que hace las veces de cinturón. En cualquier momento y sin previo aviso el hombre o la mujer pueden dar «clic» en el ícono en forma de corazón mordido de la pantalla del teléfono, y de inmediato su interlocutor recibe desde un pequeño golpe eléctrico hasta una

larga vibración de diez minutos que puede llevarlo al clímax. Es cuestión de programarlo al gusto del usuario.

–Los novios modernos ya no usan anillos en los dedos –le advirtió Martín cuando le explicaba cómo se usaba.

Luisa salió del Vigneron «vistiendo» el aparato, pero en el trayecto sospechó que quizás ese regalo no era exclusivo para ella. ¿Martín se lo regalaría también a Nora? ¿El iLove tendrá opción de llamada «tripartita»? Decidió salir de dudas y llamó a Nora.

–Hola, ¿cómo vas con el iLove?

–¿Con qué?

–Tu teléfono es un iPhone, ¿cierto?

–Sí, ¿por qué?

–¿Y ya le montaste la aplicación iLove, la que tiene un corazón mordido, y va conectada a...

Nora la interrumpió:

–¿Qué? ¿De qué estás hablando? Nunca oí hablar de eso. ¿Para qué sirve?

–No, no, olvídalo, es un juego, y a ti no te gusta el mundo virtual. ¿Por qué no fuiste hoy al apartamento?

★

«Después del silencio,
lo que más se acerca a expresar
lo inexpresable, es la música».

Aldous Huxley

Nora

Livin' On The Edge
You can't help yourself from falling'
You can't help yourself at all
You can't stop yourself from falling'
Aerosmith

ACABO DE VER POR TELEVISIÓN EL CONCIERTO DE STEVEN Tyler en Toronto: cincuenta mil almas –tal vez cien mil– en vilo, hipnotizadas, completamente entregadas, enamoradas de él durante tres horas. El tipo pronunció la primera palabra de *Dream On*, y los fans aturcidos contuvieron la respiración mientras presenciaban el milagro de ese profeta incansable que levitaba bajo los reflectores y los conducía mansamente a su paraíso personal. Un paraíso que llegaba por ráfagas, que aparecía y se evaporaba, insufrible, como debe ser la tierra prometida de los «poetas malditos», de los «rockstars», de los artistas a quienes la sensibilidad termina por dejarlos vencidos en un callejón. Y cuando sonaba limpia y feroz como un cuchillo de ceremonias la guitarra blanca de Nuno Bettencourt, y los ojos de él se encontraban con los de Steven, yo no podía dejar de pensar que eran dioses. ¿Qué siente Steven Tyler en estos momentos? Me da envidia de él, la misma envidia que tendrían Flaubert, Picasso, Marcel Proust o el más exitoso

predicador cristiano si presenciaran este diálogo vertiginoso, en tiempo real, que establece el músico con su público. Y aquí me gustaría parafrasear la sentencia de Warhol: «Todos podemos tener quince minutos de divinidad, ser Dios por un instante». Me imagino a Steven bajando del escenario a su camerino, como quien toca tierra (o retorna al infierno en donde vive, da lo mismo) después de haberse burlado de la gravedad. Me lo imagino en ese cuarto forrado de espejos susurrándole a Nuno: «Bueno, ahora tengo destrozado el cuerpo y no soporto el dolor en la garganta, pero valió la pena. Mañana subimos al cielo de nuevo».



*«Aquí reposan
los restos de una criatura
que fue bella sin vanidad,
fuerte sin insolencia,
valiente sin ferocidad
y tuvo todas las virtudes del hombre
y ninguno de sus defectos».
Epitafio de Lord Byron en la
tumba de su perro Boatswain*

En el diario de Luisa

HACE UNA SEMANA MURIÓ JUANITA, MI PERRITA PUG. Tenía diez años y murió asfixiada durante la noche. Solo nos dimos cuenta a las seis de la mañana, cuando me levanté y la sentí muy quieta y silenciosa en su cojín, al lado de nuestra cama. Ya estaba fría, le había salido sangre por la nariz y tenía la lengua morada asomándose por la boquita. Kid, el perro que recogimos de la calle hace solo dos meses, la miraba sin espabilar desde el otro lado del cuarto. Juanita había hecho ruido todo la vida y a todas horas, pero prefirió morir discretamente. Aunque tengo fama de llorona, nunca había llorado de esta manera: inconsolable, por ráfagas, a veces calladamente, escondida bajo las almohadas, y a veces histérica en el cuarto de baño, en la cocina, o cuando abría un cajón y me encontraba con alguno de sus juguetes. No sabía que la quería tanto. Jorge y yo nos quedamos hasta el mediodía cargándola por turnos, bañándola en lágrimas y pensando si la mandábamos a cremar o si la enterrábamos en el parque que tenemos al frente del edificio. Nos decidimos por lo segundo. De esta

manera, con solo asomarnos a la ventana, la podríamos saludar en las mañanas antes de irnos al trabajo y por la noche a la hora de acostarnos, como si aún estuviera con nosotros. La policía de Vancouver prohíbe enterrar animales en sitios públicos, así que tuvimos que maquinar un plan para hacerlo. Jorge fue a un jardín en North Shore y compró un cerezo de unos setenta centímetros de alto, pedimos prestada una pala al conserje, envolvimos a Juanita en su cobija favorita, la metimos en un costal de abono, y bajamos al parque a enterrarla. Jorge cargaba el costal y la pala, y yo el arbusto. A las personas que nos encontramos en el ascensor y en el lobby del edificio les dijimos que se nos había muerto la mascota y que íbamos a sembrar un cerezo en su memoria. Todo resultó más fácil de lo esperado, excepto descargar a Juanita en el fondo del hueco. Queríamos esperar un rato más, despedirnos de ella otros minutos. Nos resistíamos a dejarla allí, en la tierra fría, en medio de gente desconocida, ella que había sido tan nerviosa y apegada a nosotros. Vacilamos una media hora hasta que la lluvia incipiente que empezaba a caer nos obligó a terminar la ceremonia. Juanita florecerá en ese cerezo los primeros días de cada marzo, nos dijimos, y regresamos al apartamento abrazados y llorando. *Nice to meet you, Juanita.*

*

Diario de Luisa, un año después del escándalo en el Vigneron

POR MARTÍN, O POR ESA OTRA QUE SOY YO Y ME NIEGO a reconocer, caí en situaciones de las que ahora me arrepiento. Pueden sonar divertidas si fueran anécdotas que lees en una revista de farándula, pero indudablemente mancharon mi espíritu para siempre. Martín ensayó conmigo casi todo: drogas, marihuana, el catálogo completo de Honey Gifts –la tienda de juguetes eróticos de Gastown en la que tenía descuentos especiales–, amarras, relaciones con niñas impúberes, con compañeros de entrenamiento, con chinas, filipinas, mestizas de Jamaica, y alguna vez incluso metió en el apartamento a un travesti recién fugado de la adolescencia que empezaba a tomar hormonas y que por el susto, o por la misma medicina, no pudo tener una erección en más de tres horas.

Martín es un buen tipo, pero cuando se trata de sexo, no conoce límites. Recuerdo el día en que convenció a un primo de Montreal que estaba de visita en su casa para que intercambiaran

parejas. Martín, por supuesto, no pensaba llevar a su novia oficial: estaba pensando en mí, y yo, que aceptaba casi todo lo que me proponía, lo complací sin hacer preguntas. Llegué al Vignerón como a las cuatro de la tarde, y quince minutos después llegaron ellos. El primo saludó afeitado y preguntó inmediatamente por el baño. Se encerró allí y no quería salir. La novia lo llamaba a través de la puerta, Martín lo apuraba, pero al cabo de unos veinte minutos él respondió que se sentía mal del estómago, que tal vez el pollo del almuerzo lo había indigestado. O el postre de leche.

–Empiecen ustedes, no se preocupen por mí, que me voy a duchar y en un momento los acompaño.

Le hicimos caso. Martín y yo caímos sin contemplaciones sobre su novia, una rubia muy guapa de veinticuatro años con cuerpo y movimientos de *cheerleader*. Sacamos de ella todo lo que se le podía sacar hasta quedar los tres casi inconscientes. Como a la hora salió el muchacho del baño dando arcadas y con las dos manos apretándose el estómago por el dolor, lívido, y le ordenó a su novia que se vistiera. Huyeron de allí sin despedirse y nunca más supe de ellos. Meses después Martín me confesó que aquel día le había dado un laxante a su primo durante el almuerzo para dejarlo por fuera del juego.

–Tenía una verga muy grande y además no olía bien –me dijo–. Hubieras pasado una tarde horrible.

★

«Ahora puedo mirarlos en paz, ya no me los como».
Kafka, parado frente a un acuario

NORA COMENTÓ EN EL VIGNERON QUE ESTABA ESCRIBIENDO un ensayo sobre los vegetarianos y los amantes de los animales que tienen mascotas carnívoras. Dijo, con la vehemencia que todos le conocían cuando empezaba una de sus diatribas contra alguien o contra algo, que ese tipo de gente le parecía muy contradictoria y extraña.

–¿Han leído los empaques de la comida que le dan a su perros y gatos? – preguntó, y Luisa, Charles y Martín pusieron cara de no saber de qué estaba hablando.

–Yo solo leo la fecha de vencimiento –bromeó Charles, mientras Luisa recogía los vasos sucios de la barra y los llevaba al fregadero. Martín miraba a Nora con atención esperando el discurso que se venía.

–En el café Cactus de Kitsilano hay un afiche que resume lo que les quiero decir: en él se ve a un granjero acariciando a su gato con la mano izquierda mientras que con la derecha se apresta a matar

con un cuchillo a las vacas, corderos, pollos y cerdos con los que alimentará al minino. De esta forma engordan ustedes a Kid, a Brenda y a Beppo: con los cadáveres y el sufrimiento de esas otras criaturas. Supongo que han visto el grafiti inmenso que pintaron en Cornwall antes del puente: SI LOS MATADEROS FUERAN DE CRISTAL, TODOS SERÍAMOS VEGETARIANOS, y ese eslogan también funciona con las fábricas de cuidado para mascotas.

–Debe existir alimento vegetariano para gatos y perros, eso ya lo solucionaron en alguna parte –le respondió Martín, en tono conciliador.

Nora les demostró todo lo que sabía del tema:

–En Inglaterra y Estados Unidos han fundado empresas que lo producen, pero aún no está comprobado que las mascotas puedan llevar una vida larga y saludable con dietas que van en contravía de la naturaleza. Creo que ustedes están en un callejón sin salida, en el peor de los mundos: dicen amar a los animales, tienen gatos y perros, Luisa exhibe platos de ensalada como si fueran el certificado de una raza superior, y sin embargo no quieren enterarse de la masacre de muchas otras especies de seres vivos que terminan molidos en latas de comida. Esas nuevas tribus urbanas de vegetarianos y animalistas que han invadido las redes sociales, deberían ser consecuentes con sus gritos de guerra y renunciar a poseer mascotas carnívoras. En su lugar podrían pasear por los parques con vacas, renos, búfalos y camellos. ¿No lo creen? Charles respiró profundo, y se animó a participar en la conversación:

–La palabra «vegetariano» es muy antigua y la utilizaban los indígenas de Yukón para burlarse de los malos cazadores. –Cuando dijo esto miró a Nora a los ojos–. El universo debe ser entendido simplemente como el escenario de una cadena alimenticia ineludible. Estamos condenados a ella. Haz de cuenta el circo romano. Quien haya dicho que Dios creó todo esto para que nos amáramos los unos a los otros estaba mintiendo. Nos tiraron a la Tierra para

que nos comiéramos entre nosotros. El grande se come al chico, el hábil da cuenta del lento. La guerra contra el *carnivorismo* está perdida. Hay que propender entonces por hacerla menos bárbara: criar y engordar con amabilidad los animales que vamos a convertir en comida, y hacer de su sacrificio un viaje indoloro al más allá. Brindarles una vida apacible a cambio de un mal día, su último día, el día de su sacrificio. Y pedir perdón al cadáver antes de devorarlo, como hacen todavía los aborígenes de Alaska con sus presas.

–Tenemos la posibilidad de rebelarnos –replicó Nora–. El veganismo es una manera de protestar contra las cadenas alimenticias impuestas por la creación. Si tuviera que elegir una religión me inclinaría por ese estilo de vida. El vegano sería un santo en cualquier secta por su respeto a la vida, por su austeridad y por su capacidad de ayuno y renuncia.

–Veganos hasta que algún científico descubra que las plantas pueden sentir dolor y tienen sentimientos –le respondió Charles–. ¿Qué van a hacer cuando eso suceda? ¿Exprimir piedras? Además tu deber es con Príapo y Dionisio: ellos son tus dioses.

Nora se hizo la desentendida con el comentario de Charles, y la siguiente media hora, lo que les quedaba de esa tarde, se la gastó refinando su tesis: hizo una larga lista de sabios, intelectuales y científicos vegetarianos, y citó de memoria, sin espabilar, frases de algunos de ellos. Pitágoras: «Una dieta vegetariana nos proporciona energía pacífica y amorosa y no solo a nuestro cuerpo sino, sobre todo, a nuestro espíritu. Mientras los hombres sigan masacrando y devorando a sus hermanos los animales, reinará en la Tierra la guerra y el sufrimiento y se matarán unos a otros, pues aquel que siembra el dolor y la muerte no podrá cosechar ni la alegría ni la paz ni el amor». Porfirio: «Aunque todos los lobos y buitres de la Tierra se unieran para convencerme de las ventajas de la carne, no por ello dejaría de verlo como un crimen». Da Vinci: «Llegaré un

tiempo en que los seres humanos se contentarán con una alimentación vegetal y se considerará la matanza de un animal como un crimen, igual que el asesinato de un ser humano. Llegará un día en el que los hombres como yo, verán el asesinato de un animal como ahora ven el de un hombre. Verdaderamente el hombre es el rey de las bestias, pues su brutalidad sobrepasa la de aquellas. Vivimos por la muerte de otros. Todos somos cementerios». Schopenhauer: «El hombre ha hecho de la Tierra un infierno para los animales». Thomas Edison: «La no-violencia conduce a la ética más elevada, que es la meta de toda evolución. Hasta que dejemos de dañar a otros seres vivos, seremos todavía salvajes». Gandhi: «Una sociedad se puede medir por el respeto a los animales». León Tolstoi: «Si un hombre aspira sinceramente a vivir una vida más amorosa y espiritual, su primera decisión debería ser la de abstenerse de matar y comer animales». Albert Einstein: «Nada beneficiará tanto la salud humana e incrementará las posibilidades de supervivencia de la vida sobre la Tierra, como la evolución hacia una dieta vegetariana». Nora se despachó contra los vegetarianos que compran muebles, zapatos y bolsos de cueros, contra los intelectuales que van a las corridas de toros, y al final remató con su inevitable cita bíblica: «Proverbios 12.10: el justo sabe que sus animales sienten, pero el malvado nada entiende de compasión».

—¿Este tipo de carne también está prohibida? —le dijo Luisa apretándole las nalgas mientras le hablaba al oído por la espalda—. Mejor terminemos con esta conversación, que ya te estás volviendo aburrida. ¿Sabes qué les falta a los gatos para ser perfectos? Nacer vegetarianos.

Nora la enfrentó. Por la diferencia de estatura, su cara quedaba casi que al mismo nivel de los senos de Luisa.

—Déjame terminar con el último párrafo que tengo preparado para mi ensayo —le dijo sin levantar la voz, con una especie de ira contenida, apretando los dientes.

Luisa se sentó de mala gana en el sofá al lado de Martín.

–Voy a llegar muy tarde a la casa –advirtió–. Suéltalo de una vez. Nora lo soltó:

–Los seres superiores o evolucionados aprenden a identificarse en cualquier forma de vida. La iniciación o bautismo, el primer peldaño, es la adopción de un perro o un gato. Luego van descubriendo que las vacas, los ciervos, los elefantes y los mamíferos en general comparten con su mascota original (y con los humanos, claro está) algo en la mirada que los convierte en semejantes, en familiares cercanos. De ahí para arriba la escalera de la «sensibilización» se empina, hay que estar muy entrenados para encontrar ese mismo brillo en los ojos de aves, peces, y más difícil aún, de los reptiles. En ese estado de cosas, se reconoce que la amenaza latente del «dolor» convierte a todas las especies en «amigos íntimos», pues no hay sentimiento que acerque más a los seres que el dolor, y de esa certidumbre proviene la solidaridad que ciertas personas bien informadas, a quienes llamo humanos «civilizados», tienen frente a cualquier clase de vida. Algunas tribus en la India han llegado incluso al extremo de caminar con tapabocas para evitar comerse por accidente una mosca o un grillo. La indiferencia que mostramos cuando pasa frente a nosotros un desfile de camiones cargados con vacas que van hacia el matadero, guarda demasiada similitud con la actitud asumida por los civiles alemanes y franceses con los trenes atestados de judíos que iban hacia una muerte segura en los campos de concentración. Pero dejemos así por hoy, es un tema complicado que tengo que estudiar.

★

En el diario de Luisa

AYER NORA NOS ARRUINÓ LA TARDE CON UNA DE SUS reflexiones existencialistas. Esta vez fue sobre los vegetarianos que adoptan animales, y fue un sermón dirigido especialmente contra mí, porque Martín jamás ha tenido una mascota ni se le pasaría por la cabeza dejar de comer carne. (Él podría ser perfectamente caníbal o vampiro por su afición a lamer sangre humana).

Así es Nora y se lo he dicho cada que tengo una oportunidad. Inconsecuente. Habla de orden, de respeto, de disciplina, no duda en someternos a todos de vez en cuando a sus juicios morales, pero no tiene miramientos para brincarse semáforos en rojo, robar frutas en los supermercados, entrar al *seabus* sin tiquete, coquetear con las novias de sus mejores amigos, hacer trampas en la universidad, usar sin permiso las bicicletas de los vecinos, firmar como si fueran propios ensayos que baja de internet, pelearse a puños en la calle por cualquier tontería, y estoy segura de que esa navaja que carga siempre con ella la ha empleado más de una vez para amenazar o asustar a alguien.

*

Martín

NORA LLEVA YA MUCHOS MESES YENDO AL VIGNERON y parece que no entiende que ese no es el lugar para tratar temas trascendentales, ni Luisa la persona indicada para sostener una discusión más o menos compleja. En el apartamento tenemos los minutos contados, vamos en una contrarreloj, y lo que menos nos interesa es conocer lo que piensa hacer cada uno con su vida. Allá vamos por la carne. Todo lo demás estorba.

Si es por mí, que se acabe la capa de ozono, que se recaliente la tierra, que las aguas se pudran, que florezcan bombas atómicas en el vecindario, que la gente se ahogue en su propio vómito. Después de ver lo que la humanidad ha hecho con las otras especies y consigo misma, no me caben dudas de que merece desaparecer. Mientras tanto yo seguiré ocupado en «mis» asuntos.

★

Nora

A BUENA HORA MI FAMILIA SE VINO A VIVIR A CANADÁ. Uno debe tener la opción de escoger «su ciudad», y la mía por ahora es Vancouver, aunque podría ser también Portland. ¿Qué hubiera sido de mí si viviera en Bogotá, por ejemplo? ¿Asomarme a la ventana todos los días y llorar mientras veo ese caos que es Colombia? Si algo le agradezco a mi papá es que hubiera logrado conseguir asilo de perseguido político en este país. No sé cómo lo obtuvo, con qué pruebas, pero estoy segura de esto: los pastores cristianos son muy convincentes y las autoridades migratorias canadienses, demasiado ingenuas.

Las personas no tienen la culpa del lugar en el que nacen, son cosas del azar, pero sí son responsables por el sitio que escogen para hacer su vida y morir.

*

Una mañana cualquiera antes del 9 de agosto de 2011

REBECCA LLAMÓ A CHARLES MUY TEMPRANO, UN POCO después de las seis.

–¿Te pasa algo? ¿Qué haces levantada a esta hora?

–Si me invitas a desayunar te lo cuento todo.

–¿De qué se trata?

Rebecca arrastraba la voz, hacía pausas eternas.

–Invítame a desayunar, estoy en Kitsilano, en la playa. Esperé a que amaneciera para llamarte.

–Cerca de donde estás hay un Starbucks, en Cornwall con Yew. Nos vemos allá.

Charles llegó a los veinte minutos y encontró a la muchacha sentada al fondo del salón tomándose un café negro. Tenía el pelo revolcado, el maquillaje corrido y señales de haber pasado una noche terrible. –No te muevas, espérame aquí, traeré algo de comer.

Esa mañana la fila en el café llegaba hasta la calle y Charles se demoró un poco más de media hora para volver a la mesa con los desayunos.

–Ahora sí cuéntame qué te pasó.

Rebecca levantó la mirada del *croissant* que se empezaba a comer con desgano.

–Anoche estuve en la Casa de Nora...

–¿Y?

–¿Y? Esa mujer es el demonio, está poseída o algo así. Es muy pequeña pero tiene una fuerza descomunal. Jugó conmigo como le dio la gana: una vez estuvimos desnudas en su cuarto se tiró encima de mí y no me soltó hasta que quedó agotada en la madrugada. Sacó vibradores de todos los tamaños, me mordió en las piernas, en el clítoris y en los pezones; gritaba vulgaridades, cosas incoherentes; amenazó con chuparme el cuello para desangrarme, y me pegaba palmadas en la cara mientras me preguntaba si estaba disfrutando. Al final, como si no hubiera pasado nada, se fue para la cocina y me ofreció una cerveza fría. Apenas pude, salí corriendo de allí con la ropa en la mano.

–Parece que inspiras a tus amigos para que te maltraten. Ya me habías contado una historia similar con Martín.

–Lo de Martín fue diferente. Yo le propuse que jugáramos algo brusco, y él paró cuando se lo pedí. Pero anoche Nora estaba incontrolable. Esa mujer está loca.

Charles observó que Rebecca tenía morados en el cuello y un rasguño en la mejilla izquierda que iba desde la oreja hasta la comisura de los labios. Esta vez la prostituta se había ganado el dinero como Dios manda.

–Te daré trescientos dólares, y me das los detalles del encuentro. ¿Quieres que te lleve a tu casa? ¿Aún vives con tu amiga travesti en Commercial Drive?

*

En el diario de Luisa

LA VIDA ME TRATA BIEN HASTA HOY, NO ME PUEDO quejar. Me miro en el espejo y aún no tengo el aspecto miserable que debería tener alguien que ha caído tan bajo como yo. A veces, para tranquilizar la consciencia, pienso que la culpa de mi relación adúltera con Nora y Martín la tiene Jorge, que se la pasa jugando videos por las noches, en lugar de estar haciendo un curso sobre consoladores. ¿Qué conoce mi esposo de vibradores, anillos, bolas chinas, extensiones, cepos o retardantes? ¡CERO! A duras penas sabe en dónde queda el clítoris, aunque por lo general se comporta como si no existiera. Me gusta su carácter tranquilo, su paciencia, el respeto que tiene por mis gustos y creencias, pero en ocasiones me desconcierta cuando me mira con cara de «he leído tu diario, lo sé todo sobre ti». ¿Hasta dónde sería capaz de llegar si se enterara de lo que ocurre en el Vignerón? Sus amigos dicen que es un «*gamer*» muy violento, que con las armas virtuales se ha ganado un cierto respeto en la comunidad de jugadores, pero

espero que nunca se le vaya a ocurrir llevar esa destreza al mundo real. Por fuera de las pantallas de los computadores Jorge no toma decisiones, por eso me sorprendió hace unas semanas cuando me invitó al Festival de Pemberton. Pemberton es un villorrio semiabandonado que creció al lado de una estación del ferrocarril y de un riachuelo de aguas transparentes bautizado Lilloet por los aborígenes. Allí, en la nada, al pie del monte Currie, en un pastizal fertilizado por la boñiga de cientos de vacas lanudas, alguien organizó hace como cinco años una especie de orgía musical de tres días al estilo de Woodstock. «¿De verdad quieres ir a Pemberton?», le pregunté más de una vez, y cada que él asentía yo pensaba: «debe estar tramando algo». Salimos de Vancouver el sábado a las ocho de la mañana, y a las diez ya estábamos entrando en las calles del pueblo. El tráfico era imposible, la gente abandonaba los autos a la orilla de la carretera y continuaba el viaje a pie cargando morrales inmensos. No lo pensamos mucho y nos unimos a la procesión. A una milla del campamento empezamos a oír el estruendo de los bafles amplificando la canción de una banda de rock local muy desafinada. Lo primero que uno debe hacer al aterrizar en un evento como este es buscar un buen sitio para acampar, con vecinos agradables, y ojalá cerca del río y de los baños portátiles. Pero eso es mucho pedir para quien llega con un día de retraso –la fiesta había empezado el día anterior–, así que nos conformamos con levantar la carpa al otro lado del camino en medio de un grupo familiar que llegó desde Alberta en una Volkswagen Westfalia que habían transformado en carro-casa. Desde la carpa, mientras nos comíamos unos sándwiches de pan integral con queso y mantequilla de maní, pasaron por el micrófono sin levantar mucha emoción Nine Inch Nails, Outkast, Daniel Lanois y otros cantantes desconocidos para mí. Dormimos un rato, anestesiados por la marihuana de los vecinos, y más o menos a las cinco de la tarde decidimos intentar acercarnos a la tarima.

Esquivamos, apretamos, estrujamos, apartamos gente, y casi sudando logramos llegar a veinte metros de Natasha Leggero, quien en ese momento gritaba su *Toilet Babies*. A medida que oscurecía, la música mejoraba y el ambiente se volvía más pesado. Pude ver y oír de cerca a Ryn Weaver, a July Talk y a grupos como The Suffers, Banks y Flatbush Zombies. Más o menos a las once de la noche subió al escenario Leonard Cohen. Las mujeres que estaban cerca de mí enloquecieron. Yo no lo podía creer. ¿Cuántas veces había hecho el amor escuchando los poemas de este señor? Le supliqué en silencio que no olvidara cantar *I'm Your Man*, y atendió muy rápido mi plegaria, porque apenas cogió el micrófono, su voz de viejo fumador dejó caer esas frases que de inmediato me erizaron la piel: *If you want a lover, I'll do anything you ask me to, And if you want another kind of love I'll wear a mask for you...* Detrás de mí alguien debió adivinar que esa era mi canción favorita para fornicar porque se pegó a mi espalda y comenzó a empujar lentamente su pubis contra mis nalgas siguiendo la música. *If you want a partner take my hand or if you want to strike me down in anger Here I stand I'm your man*. El tipo me respiraba alcohol en el cuello, el bulto bajo la bragueta le crecía, palpataba, y yo cerraba los ojos deseando que me metiera la mano. Me hubiera puesto falda en lugar de jeans, pensé en ese momento. *If you want a boxer I will step into the ring for you, And if you want a doctor I'll examine every inch of you*. No aguantaba más, estaba muy excitada y decidí ayudarle al forastero. Tomé su mano invisible, y dócilmente él dejó que la metiera en mis pantalones. Miré a mi esposo y me tranquilizó saber que estaba en otro mundo con los ojos cerrados y bailando casi sin mover los pies. *If you want a driver climb inside, Or if you want to take me for a ride you know you can, I'm your man*. El tipo de atrás hizo bien su trabajo: Cohen terminó la canción más o menos en el mismo momento en el que yo tenía un orgasmo. No quise conocer al dueño de los dedos prodigiosos, y le dije a

Jorge que nos moviéramos un poco hacia adelante para ver más de cerca a mi poeta favorito. *If you want a father for your child, or only want to walk with me a while across the sand, I'm your man.* Al otro día, después de almorzar cualquier cosa, desarmamos la carpa y nos fuimos a recoger el auto. El ingreso a Vancouver por el Lions Gate un domingo en la noche es muy complicado y queríamos estar temprano en el apartamento con nuestra mascota. Saliendo de Pemberton le pedí a Jorge que parara en el Community Centre para entrar a los baños, asearme un poco y cambiarme de ropa interior. Realmente me moría de ganas por ponerme el iLove. Antes de llegar a la calle activé la aplicación varias veces, pero Martín no me respondió. Tenía dos horas por delante para seguir intentándolo. Vi desfilar por la ventanilla del auto el paisaje amodorrado de un domingo en la tarde: las laderas nevadas del Tantalus, Brackendale, Squamish. Martín seguía sin responder. Murrin Park, Britannia, Furry Creek... Nada. Puse entonces la aplicación en «consolador», y cuando pasamos frente al letrero de Porteau Cove ya habían resbalado por entre mis piernas dos orgasmos que disimulé lo mejor que pude. Recuerdo que en Radio One sonaba *Home Again* de Michael Kiwanuka: *Home again, Home again, One day I know I'll feel home again, Born again, Born again, One day I know, I'll feel strong again.*

*

Martes 9 de agosto de 2011, 5:26 p. m.

LUISA Y NORA ESCUCHARON LA CERRADURA DE LA puerta principal y se levantaron de la cama para ver con quién entraba Martín. Nora quedó perpleja: frente a ella, imponente en sus ciento ochenta centímetros de estatura, vistiendo unos leggins negros muy apretados y una camisa blanca transparente que dejaba ver los pezones juveniles, estaba Rebecca, la misma Rebecca que había huido histérica de su casa unas semanas atrás.

–Ella es Rebecca –se las presentó Martín–. Trátenla bien, por favor.

Martín observó que sus dos amigas estaban desnudas y supuso que llegaba en la mejor parte de la faena. Rebecca esquivó la mirada furiosa de Nora y las saludó con un tímido «hola». Luisa le recibió la bolsa de las cervezas.

–Déjame las organizo en la nevera –le dijo con amabilidad–. Sigue, en la habitación está el baño y una ducha por si quieres usarla.

En esta ocasión Martín no se había equivocado: Rebecca era una mujer hermosa, *bocatto di cardinale*, como decía Nora.

*

Miércoles 10 de agosto de 2011

MARTÍN NO SALIÓ DE SU CASA DURANTE TODO EL DÍA. Se levantó a las nueve de la mañana, desayunó un plato de cereales sin fruta ni leche, apagó el celular y después se sentó casi hasta el anochecer frente al computador. Escribió el primer borrador de un poema:

Por aquí nadie me conoce

*Con el corazón a 170 pulsaciones
y la camisilla empapada de sudor,
solo puedo pensar en tomar agua
cada quince minutos
y en sostener el ritmo hasta que llegue
a Stanley Park.
Una hora exacta. Estamos en verano.*

*Nada más en mi cabeza
que tomar agua y correr.*

*¿Y si pudiera correr sin descansar unas cuatro o cinco horas?
¿Digamos hasta la cumbre de Grouse Mountain,
hasta que anochezca,
hasta que sea hora de volver a correr?
Para mí esto sería lo más cercano a la felicidad.*

*No se trata de correr como Fidípides
ni como Abebe Bikila.*

*Se trata simplemente de correr.
De tomar agua y huir.*

Ese miércoles Charles comenzó su tercera lectura en español de *Historia universal de la infamia* de Borges.

★

QUIEN DIO LA ALARMA POR LA DESAPARICIÓN DE REBECCA fue Savana, la travesti que compartía apartamento con ella en un viejo edificio de tres pisos en Commercial Drive con Gravelly, diagonal al Café Prado, que les servía a ambas como oficina para responder correos y conectarse gratis a internet. El miércoles, Savana comprobó que Rebecca no había dormido la noche anterior en su cuarto, y esperó hasta el mediodía para llamarla por teléfono. Le marcó muchas veces, le puso mensajes de texto, intentó ubicarla por WhatsApp, pero el aparato de su amiga estaba apagado. Empezó a contactar a los amigos comunes, preguntó por ella en el café y en la tienda de frutas, dio una larga caminata por Grandview Park buscándola hasta detrás de los árboles, y finalmente optó por telefonar a la casa de su mamá en Squamish: la voz bronca de la señora simplemente le respondió que su hija no había estado por allá desde hacía más de un año. Al otro día, el jueves 11 de agosto a la hora del almuerzo, se fue caminando hasta el Departamento

de Policía, cerca de la Villa Olímpica, para informar sobre la desaparición de Rebecca Pendrel. El oficial que la atendió le explicó que debido al trabajo «especial» que realizaba la señorita Pendrel, lo más prudente era esperar hasta el lunes antes de iniciar una búsqueda formal.

–¿Dice usted que su amiga es dama de compañía?

–Sí, *escort* profesional.

–Entiendo. ¿Y ella realiza sus actividades en sitios públicos o en algún lugar fijo? ¿Tal vez en su apartamento?

–No, no. Ella contacta a sus clientes por intermedio de una página especializada en webcams.

–¿Sabe el nombre de la página?

–Sí, *sweetcherry.com*. Yo también trabajo en esa página.

El policía levantó la mirada y examinó detenidamente a Savana. Solo en ese momento comprendió que estaba frente a un travesti.

–¿Cómo te llamas?

–Savana.

–Dime tu nombre real.

–Ese es mi nombre: Savana Cavalli. Puede ver mis documentos. Hice cambio de género a comienzos de este año.

Savana tenía el cuerpo de una adolescente, sin cirugías ni artificios. Una larga cabellera rubia le cubría los hombros, y hablaba casi como una mujer de verdad sin tener que imitar la voz. El tratamiento hormonal estaba haciendo maravillas.

–Si el lunes no ha regresado tu amiga vienes acá, preguntas por mí, y empezamos a buscarla. Traes fotos, direcciones, toda la información que tengas sobre ella.

★

-HOLA, CHARLES, SOY SAVANA, LA COMPAÑERA DE REBECCA.

-Hola, Savana, ¿cómo estás? ¿Qué ocurre?

-Pues... no sé. Estoy buscando a Rebecca, me tiene preocupada. Hace tres días que no duerme en el apartamento y no contesta el teléfono. Lo tiene apagado.

-Tal vez se fue de paseo con algún amigo, con un cliente, tú sabes.

-Pero es que no me comentó nada, y ni siquiera llevó el maletín de mano. Toda su ropa interior está aquí en su cuarto.

-Ah, ya veo... Si me llama o sé algo de ella te aviso.

-Gracias Charles. La policía también comenzará a buscarla el lunes si no aparece.

-¿Avisaste a la policía?

-Sí, pero me dijeron que esperara hasta el lunes para iniciar oficialmente su búsqueda.

-Hiciste bien, es lo mejor en estos casos. Me mantienes informado de todo por favor.

★

*«Tenía los ojos alarmantes
de grandes, el pelo renegrido y lacio,
el cuerpo estricto».
Borges, Los espejos velados*

EL LUNES 15 DE AGOSTO, A LAS NUEVE DE LA MAÑANA, Savana entró en el edificio de la policía buscando al oficial Bester. La recepcionista anotó su nombre y el motivo de la visita, y después de hacer una breve llamada, la condujo a la oficina del agente que al verla entrar le preguntó a manera de saludo:

–¿Tu compañera no regresó?

–No.

–¿Trajiste la información que te pedí?

Savana vació sobre el escritorio todo lo que pudo encontrar de Rebecca: un pasaporte vencido, fotos bajadas de Instagram y Facebook, tarjetas de descuentos personales en Lululemon, Victoria's Secret y Honey Gifts, facturas de compras recientes y una hoja en donde escribió a mano los nombres y teléfonos de los familiares y amigos que le conocía a su amiga. También mencionó el incidente que Rebecca había tenido con una nueva amante llamada Nora, en una casa cerca de la playa de Kitsilano, y la extraña

relación que sostenía con un escritor que le pagaba por detallarle sus encuentros sexuales.

–El escritor se llama Charles, y fue el que llevó a Rebecca al apartamento el día de la golpiza en Kitsilano –agregó.

–¿Ella le hablaba de clientes extraños o que tuvieran actitudes violentas?

–No, no. La gente de Vancouver solo pide lo básico. Aparte de las historias de esa tal Nora y la del escritor, no recuerdo nada más. Este es un lugar tranquilo.

–Bien. Llévate mi número telefónico y si descubres algo nuevo me llamas.

Sin perder tiempo, el oficial Bester y un ayudante comenzaron a contactar a todas las personas que aparecían en la lista que les suministró Savana, incluyendo a sus padres. Nadie tenía noticias recientes de Rebecca. Luego revisaron sus cuentas en las redes sociales y su perfil en la página de citas sexuales en la que trabajaba, y comprobaron que no registraban movimientos desde el martes anterior. El oficial ordenó entonces rastrear el celular de la muchacha. Por la tarde ya tenía los datos de todas las personas que se habían comunicado con ella los días previos a su desaparición. La empresa de telefonía Telus Mobility informó que el aparato estaba desconectado desde el martes 9 de agosto a las 10:50 de la noche.

★

EL OFICIAL BESTER CITÓ EN EL DEPARTAMENTO DE POLICÍA a la última persona con la que se había comunicado Rebecca el día de su desaparición: Martín Carvajal. Este llegó acompañado por el abogado de la empresa de su padre, y el oficial le recordó que era solo una entrevista informal y que no necesitaba la presencia de un defensor. Aun así el abogado insistió en estar presente durante toda la charla. El caso de la prostituta todavía no había aparecido en los periódicos y Martín se mostró un poco desorientado con las primeras preguntas.

–¿Conoce a Rebecca Pendrel?

–Sí... no sé si ese sea su nombre real o un *nickname*.

–Es su verdadero nombre. ¿Qué tipo de relación tiene con ella?

Martín tartamudeó:

–Bueno... humm... cómo le explicara...

–Ella trabaja en un chat erótico llamado SweetCherry –le dijo el oficial, facilitándole las cosas–. ¿Usted la contrata para que le preste servicios sexuales?

–Ehhh... digamos que le pago para que me sirva de compañía de vez en cuando. –Martín miró de reojo al abogado, y este le respondió con un gesto de aprobación.

–Usted habló con Rebecca Pendrel por teléfono el martes 9 de agosto a las 3:36 minutos de la tarde. Después de esa llamada ella no se comunicó con nadie más. ¿De qué hablaron? ¿Se encontraron ese día?

–La llamé a saludar, y como ella estaba en ese momento muy cerca de mi oficina, en un café de Robson Street, fui a recogerla.

–¿La recogió en el café?

–Sí.

–¿Cómo dijo que se llama el café?

–El Nido. Queda casi en la esquina de Robson con Thurlow Street, enseguida de las oficinas de Virgin.

–La recogió en el café y luego qué hicieron.

Antes de que Martín hablara, su abogado le recordó que no tenía la obligación de responder. El oficial Bester le dio la razón al abogado: –Solo estamos intentando encontrar a la chica, por el momento no hay una denuncia oficial, ni estamos investigando ningún delito.

Martín se enderezó en la silla, aclaró la garganta y le describió muy someramente al oficial su encuentro con Rebecca.

–Del café fuimos a la tienda de licores en Kitsilano, compramos cervezas y luego nos reunimos con dos amigas, Nora y Luisa, en un apartamento cerca de la universidad. Como tenía una cita con mi novia esa noche, me despedí de las tres aproximadamente a las 7:30. Más tarde recibí una llamada de Nora diciéndome que todavía se encontraba en el Vigneron cuidando a Rebecca mientras se le pasaba la borrachera. Le pregunté por Luisa, y me respondió que ya se había ido, pero que intentaría volver más tarde si lograba inventarse una buena excusa para su esposo. Tranquilité a Nora y le dije que iba a llevar a mi novia a la casa, y que luego pasaba

por el apartamento. Cuando regresé, más o menos a las once, ya no había nadie allí. Supuse que todo estaba bien y me fui a dormir.

–¿No le preguntó al casero por las chicas?

–No, no lo vi.

–Si el casero no le abrió la puerta, ¿cómo entró al edificio?

–Nora, Luisa y yo tenemos llaves de la entrada principal y del apartamento. Charles nos las dio desde el primer día.

–¿Quién es Charles?

–Es el dueño del apartamento. Es escritor y vive en el piso de arriba del mismo edificio.

–¿Nos puede dar los nombres y teléfonos de esas dos amigas, del escritor, y la dirección del apartamento?

★

«La gente debería tener la sana costumbre de morir».
Borges

LA SEGUNDA PERSONA EN SER INTERROGADA EN EL Departamento de Policía fue Charles. Los modales asilvestrados del oficial Bester contrastaron de inmediato con el amaneramiento de Charles.

–¿Cuál es su profesión?

–Digamos que soy un escritor que vive de la renta, alguien que tiene mucho tiempo para terminar una novela y que tal vez por eso mismo no la ha terminado. –Cuando Charles dijo esto, descubrió en el rostro severo del agente que la situación no estaba para bromas y mucho menos para literatura.

–¿Habló con Rebecca Pendrel la semana pasada?

–No. Hace unos quince días que no la veo. Supe que estaba desaparecida porque su compañera de cuarto me avisó.

–¿Qué tipo de relación tiene con ella?

–Somos amigos. Ella me cuenta historias y yo de vez en cuando le ayudo con dinero para sus gastos.

¿Qué tipo de historias?

–Historias íntimas. Lo que hace en el trabajo.

El oficial y su ayudante se miraron. Ya Savana les había hablado sobre eso.

–¿Para qué quiere usted esa información? ¿Es psicólogo, médico o terapeuta sexual? ¿Está haciendo un estudio científico?

–No. Estoy tratando de escribir una novela, pero por el momento solo soy una especie de entrometido.

–Entiendo, excentricidades de artista. ¿Estuvo usted la semana pasada en la reunión que Martín Carvajal y tres amigas hicieron en su apartamento?

–No.

–¿Por qué les presta ese apartamento? ¿Por qué no lo arrienda?

–Llevo meses intentándolo arrendar. Esa parte de la ciudad es costosa, y a los estudiantes que se muestran interesados no les alcanza el dinero.

–¿El martes 9 de agosto vio entrar o salir a sus amigos del apartamento? ¿Sabía que estaban allí?

–Me enteré por Joaquín, el casero. Él me comentó que mis amigos estaban haciendo una fiesta, pero no hablé con ellos.

–¿El casero le mencionó algo más? ¿Alguna novedad, cosas fuera de lo normal?

–No.

★

Amicitia semper prodest, amor aliquando etiam nocet.
«La amistad siempre aprovecha, el amor hiere a veces».

Séneca

Nora

HAY UNA MODA MUY EXTENDIDA POR TODO VANCOUVER que consiste en ir con los amigos, hombres y mujeres, a un apartamento para tomar café, desnudos. Al pasar la puerta los asistentes se quitan la ropa, la doblan y ponen en un rincón, y luego se reúnen a conversar sobre cualquier cosa, salvo de sexo. Están prohibidas las miradas insinuantes, los comentarios morbosos, y parece que últimamente se han vuelto más estrictos y expulsan a los tipos que tienen alguna erección. La invitación llega por las redes sociales con una nota escueta que todo el mundo entiende: «HOY, A LAS 6 P. M., BLACK COFFEE EN TAL SITIO». Los intelectuales y sociólogos que han sido consultados sobre el tema recomiendan el juego alegando que es una forma de poner a prueba el lado primitivo de nuestro cerebro: «el pasatiempo ideal para un mundo civilizado». Doblegar a Eros, Lilith, Shiva, Anahita, Afrodita, Apis, Pan, Anuket, Cupido, Kamadeva, Dionisio, Venus, como quiera que se llame el monstruo, es el desafío. Algunos grupos han inventado

una versión más extrema del juego a la que han bautizado «DEEP BLACK COFFEE», en donde reemplazan el café por alcohol, marihuana, Éxtasis y Ambien para desinhibir a los participantes. Muy pocos logran salir invictos de estos encuentros, y quienes lo consiguen se convierten por una semana en los héroes de las discotecas de la ciudad. Por supuesto Luisa, Martín y yo hemos declinado las invitaciones: lo que para ciertos mojigatos es sinónimo de civilidad, para nosotros es, lo hemos discutido muchas veces, simple decadencia. ¿Vanagloriarse de la continencia? Eso no tiene sentido. En el Vignerón le hemos levantado un altar de oro al Marqués de Sade.

★

POR EL DEPARTAMENTO DE POLICÍA TAMBIÉN DESFILARON Nora, Joaquín el casero –que se mostró particularmente nervioso, tal vez por su estatus migratorio– y Jorge, el esposo de Luisa.

–¿Puedo saber por qué han citado a mi esposo? –le preguntó Luisa al oficial Bester.

El oficial levantó los ojos del documento que estaba llenando en ese instante:

–Fue grabado por una cámara de seguridad del vecindario merodeando el Vignerón desde las cuatro hasta las diez de la noche de aquel martes, y queremos saber qué hacía allí. Después de las averiguaciones pertinentes descubrimos que se trataba de su esposo. ¿Sabía que él la estaba siguiendo?

–No. –Luisa quedó aturdida con la noticia, pero el policía no le dio respiro:

–Usted dice que se fue de la reunión aproximadamente a las 8:30. ¿Regresó esa misma noche al Vignerón?

-Sí.

-¿Por qué?

-Soy una mujer casada y no me podía quedar hasta tarde en la fiesta, pero como esa muchacha, Rebecca, estaba muy mareada, le prometí a Nora que regresaría si lograba inventar una buena excusa para mi esposo. Él no había llegado al apartamento, así que volví de inmediato al Vignerón, pero ya mis amigas se habían ido. Supuse que todo estaba bien y me fui a dormir.

-¿A qué horas ocurrió eso?

-Al Vignerón llegué más o menos a las 9:30, y estaba de nuevo en mi apartamento a las 10 o 10:15.

-¿Y su esposo ya se encontraba allí?

-No, y no sé a qué horas llegó porque me quedé dormida.

★

«El método era el idóneo para que nadie fuera amigo de nadie o para que las amistades se cimentaran en la enfermedad y el rencor».

Roberto Bolaño, Los detectives salvajes

NORA ENTRÓ EN LA OFICINA DEL OFICIAL BESTER CON el rostro ceñudo, ofendido, como a la defensiva. Le hicieron preguntas muy similares a las que ya le habían hecho a Luisa, a Martín y a Charles, y sus respuestas coincidían con las de sus amigos. –Esa noche estaban tomando vino y cerveza. ¿Consumieron algo más?

–Sí, marihuana, y creo que Zolpidem. No estoy segura, pero creo que también tomamos Zolpidem.

–¿Zolpidem? ¿Eso no es para dormir?

–En las discotecas se usa para desinhibir a la gente. Es parecido al Éxtasis, pero se puede mezclar con alcohol.

–¿Quién llevó la droga al apartamento?

–Yo.

–Entiendo que solo se vende con receta médica. ¿Cómo la consigues?

–Tomo Zolpidem desde la secundaria, soy insomne, la doctora de la universidad me renueva la prescripción cada seis meses.

Nora respondía sin espabilar, cortante, con un bistorí en la punta de la lengua.

–¿Y la marihuana?

–Se la pedimos a Joaquín, el casero del edificio.

–Hace unos meses usted tuvo un incidente con Rebecca en su piso de Kitsilano, y ella salió corriendo de allí. ¿Qué sucedió en esa ocasión?

–A Rebecca le gusta el sexo fuerte... Me explico: ella quería que yo fuera su dominatriz, y solo hice lo que me pidió. Tal vez se me fue un poco la mano, pero luego hablamos del asunto y quedó todo aclarado.

–¿En el Vignerón también cumplió el mismo rol?

Nora miró con sorna al detective, como queriéndole decir: «escúcheme idiota: si yo le detallara a usted lo que hacen las personas que saben de sexo, su cerebro campesino no lo asimilaría en muchos años. Podría decirle que empujé a Rebecca encima de la cama apenas entró, y le arrebaté la ropa; que puse música de AC/DC, la más apropiada para la ocasión; que le cerré los labios con un beso furioso mientras le arañaba los pezones. Podría decirle que a los pocos minutos ya éramos dos –Luisa y yo– las que estábamos sobre ese cuerpo magnífico dándole todo el dolor que nos pedía. Y luego tres, cuando Martín decidió que era su turno. Durante horas, fuimos un origami de carne que se retorció sin control. En un momento dado no sabía de quién era la pierna que me apretaba las costillas, o el pedazo de piel que mordía sin compasión. Saliva, un poco de sangre, semen, fluidos. Nos dejamos llevar, y los tres lo disfrutamos. Señor detective: Podría darle una lección de lo que hace la gente civilizada con su libre albedrío, pero tal vez termine por arruinarle la noche, el fin de semana y muy probablemente su vida». Nora optó por resumir en dos frases esa tarde del Vignerón:

–Los cuatro hicimos lo que más nos producía placer. Rebecca nos invitaba a que le diéramos pequeños mordiscos, nalgadas, a que la maltratáramos, y la complacimos al pie de la letra.

–¿Ella se desmayó en algún momento?

–No, estaba muy borracha, pero luego se le pasó con una pizza que nos subió el casero.

–¿Salieron juntas del apartamento?

–No, ella me dijo que iba a tratar de coger un autobús que la llevara hasta la terminal del SkyTrain. Yo arreglé un poco el apartamento, y salí unos diez minutos después. Tomé mi bicicleta y me fui a dormir.

–¿No le preocupó dejarla ir sola, en ese estado?

–Ella no hablaba incoherencias, y la vi caminando normalmente. Supuse que todo estaba bien.

*

Luisa

LA TIERRA SE ABRIÓ BAJO MIS PIES Y CAÍ AL ABISMO, Y conmigo arrastré a mi familia, a Jorge, a Nora, a Martín y a su novia, a Rebecca y supongo que a Charles. Cada día que pasa es peor que el anterior. Estas últimas semanas solo me han traído malas noticias: mi esposo me dejó y se fue a vivir con sus padres, y sin decirme nada, sin consultarme siquiera, se llevó a Kid. Estoy citada mañana a la oficina de la directora del colegio y supongo que es para expulsarme: una mujer que sale en los periódicos como protagonista de un escándalo en donde hay sexo extremo, adulterio, drogas y una prostituta desaparecida no puede trabajar con adolescentes. Mi mamá no me habla. Martín solo me ha llamado una vez en estos días, y me comentó que su novia también terminó con él y que su padre no lo quiere ver por la empresa. De Nora sé muy poco, ni la llamo ni me llama, y por las noticias me he enterado de que se acuarteló en su piso de Kitsilano para no darle la cara a los periodistas. Por donde camino la gente me mira como quien

ve pasar un monstruo... Bueno, tal vez no estén equivocados: he llevado una doble vida por mucho tiempo, he engañado a todos a mi alrededor, bajé al infierno con los ojos abiertos, y supongo que seguiría allí si las paredes de este no se hubieran derrumbado dejándome expuesta, tal como soy, a la vista de todo Vancouver.

★

PARA INTERROGAR A JOAQUÍN TUVIERON QUE SOLICITAR la colaboración de un policía de la sección de archivos que hablaba español.

–¿Cuánto tiempo lleva trabajando en el Vignerón?

El conserje no sabía si responder mirando al traductor o al oficial Bester: –En junio cumplí un año, señor.

–¿Hace cuánto no funcionan las cámaras de seguridad?

Joaquín se rascó la cabeza: –Desde que yo estoy en el edificio esas cámaras están malas.

–¿Conoce bien a los inquilinos del 317?

–Ellos no viven ahí, solo vienen de vez en cuando. Pero sí los conozco, son muy amables. Y también conozco al propietario del apartamento, al señor Charles.

–¿Sabe para qué se reúnen es ese lugar?

–Alguna vez el señor Martín me dijo que tenían un club de escritores y que recitaban poemas mientras tomaban vino. Usted sabe cómo son los artistas...

–¿Hacían escándalos a menudo? Quiero decir música alta, gritos...

–No, los vecinos nunca se quejaron.

–¿Había visto antes a la joven desaparecida, a Rebecca Pendrel?

–La conocí ese día cuando llegó con el señor Martín –el hondureño se comía las uñas–. Una mujer alta, muy guapa...

–¿La vio salir del apartamento?

–No, a ella no. Vi salir a don Martín y a la señorita Luisa. Más tarde le subí a la señorita Nora una pizza que había pedido a domicilio. Parece que la amiga no había comido nada en todo el día y estaba enferma. Esperé un rato más en la recepción pendiente del timbre, y como no me volvieron a llamar, supuse que todo estaba bien y me fui a dormir.

★

LA CITA DE JORGE EN EL DEPARTAMENTO DE POLICÍA no demoró más de media hora. El esposo de Luisa se mostró tranquilo y confiado respondiendo las pocas preguntas que le tenían preparadas. Después de llenar el formulario de rigor –nombre completo, edad, lugar de residencia, estado civil, ocupación, antecedentes–, el oficial Bester fue al grano.

–¿Por qué estaba siguiendo a su esposa el día que desapareció Rebecca Pendrel?

–¿Es un delito seguir a la esposa? –replicó Jorge con voz serena.

–Hay una joven desaparecida y su esposa fue una de las últimas personas que habló con ella. Y si a eso le agregamos que usted pasó toda la tarde merodeando por el edificio en el que estaban reunidas, tenemos que saber qué hacía allí.

Impávido, sin mover un músculo del rostro, Jorge le explicó que sospechaba hacía mucho tiempo de la infidelidad de Luisa.

—Ella llegaba a veces a la casa oliendo a marihuana y cerveza, así que comencé a leer el diario que lleva en el computador. Dar con la clave de acceso no fue complicado, porque mi esposa utiliza el nombre de nuestras mascotas para todo. En el diario refiere encuentros sexuales que en un principio me parecieron fruto de su imaginación: no podía creer que Luisa participara en orgías de ese estilo o que tuviera simultáneamente dos amantes de diferente sexo, pero como encontré en sus relatos hechos reales que yo conocía bien, me entraron dudas. Creí que era el momento de investigar un poco más. Aquel martes 9 de agosto la vi rasurándose cuidadosamente en la ducha y metiendo ropa interior adicional en el bolso, y tomé la decisión de esperarla a la salida de su trabajo en el colegio. Luego la seguí desde el Lord Byng hasta ese apartamento cerca de la universidad, unos quince minutos caminando a paso rápido.

En su libreta de notas el inspector Bester describió a Jorge como un tipo equilibrado, maduro y de buenos modales: él es, puso entre paréntesis, la primera víctima que deja este escándalo.

★

«Smells like teen spirit».
Kurt Cobain

HACE MÁS DE DOS AÑOS, EL 4 DE ABRIL DEL 2009, FUE asesinada, mientras hacía ejercicio en Pacific Spirit Park, cerca de la UBC, Wendy Ladner-Beaudry, una profesora de cincuenta y tres años, madre de dos hijos, y hasta el momento no hay ningún sospechoso detenido. Los detectives tienen las manos vacías, y ahora los ciudadanos de Vancouver temen que el asunto de Rebecca Pendrel corra con la misma suerte. El alcalde Gregor Robertson ha trasladado este nuevo caso del Departamento de Policía de Vancouver a la unidad elite de la Real Policía Montada del Canadá (RCMP), la Major Crimes Special Projects, para agilizar la investigación y aplacar un poco la animosidad de los periodistas. Debido a la cercanía del Vigneron con el Pacific Spirit, lo primero que hizo la RCMP fue «peinar» en vano las ochocientas hectáreas del parque y sus setenta y tres kilómetros de senderos con un destacamento de noventa hombres y treinta y cinco perros, tarea que les consumió más de una semana. Allanaron también,

sin resultados, el apartamento 317 del Vigneron, y las viviendas de Luisa, Nora, Charles, Martín, y el cuarto que ocupa Joaquín en el sótano del edificio.

Nada.

Las cámaras de seguridad del Vigneron estaban fuera de servicio, pero se recogieron videos en edificios y locales cerca de la universidad, en los autobuses que transitan esa parte de Kitsilano, y hasta en los *seabus* que transportan pasajeros desde el centro de la ciudad hasta North Shore atravesando la bahía.

Nada.

Decenas de interrogatorios, cincuenta mil dólares de recompensa por cualquier información valiosa, afiches pegados en aeropuertos, terminales de transporte, tiendas y parques públicos...

Nada.

Después de dos meses de la desaparición de Rebecca Pendrel, *The Vancouver Sun* ya sentenció en un titular a seis columnas en su primera página:

«El caso Pendrel: ¿otro misterio sin resolver como el asesinato de Ladner-Beaudry?».

*

EL EQUIPO DE RCMP ENCARGADO DE HACER LOS allanamientos en las viviendas de los sospechosos de la desaparición de Rebecca Pendrel, iba encabezado por la psicóloga forense Sandra Virtue, experta en dibujar el perfil criminal de una persona, analizando sus pertenencias, los objetos que guarda en su mesa de noche, los libros que lee, las fotos que cuelga en las paredes de su casa, y hasta el tipo de alimentos que tiene en el refrigerador.

Estas son las primeras anotaciones que hizo durante su visita a las residencias de Nora, Luisa, Charles y Martín:

Nora:

Vive en una casa vieja atiborrada de muebles tal vez más viejos que la misma edificación. Salta a la vista que no pertenecen a su

actual inquilina. Veo cosas sobre las cosas, desorden sobre el desorden. Descuido, oscuridad, olor a basura.

Libros tirados, dejados en cualquier parte: *Juliette o las prosperidades del vicio* de Sade; Un libro de fotos de Nobuyoshi Araki con decenas de niñas asiáticas torturadas, y una escueta dedicatoria en la primera página firmada por Martín (supongo que es Martín Carvajal): «disfrútalo»; tres tomos de *Historia criminal del cristianismo* de Karlheinz Deschner; *Monsters & Madonnas* de William Mortensen, un libraco estremecedor en el que aparecen fotos retocadas de seres desfigurados y brujas desnudas en poses amenazantes o heréticas. Un volumen en formato pequeño de Taschen con pinturas de Balthus; *The Boudoir Bible*, una «guía sexual», según alcanzo a leer en la carátula; *El Corán* en español, *La Biblia* en inglés, un arrume de medio metro de alto de folletos religiosos de los Testigos de Jehová y otras iglesias cristianas, y dos libros de la editorial de la UBC sobre la cultura islámica.

En la pared del fondo de su cuarto, encima del televisor, un afiche de la boxeadora Ronda Rousey en acción, sudorosa y ensangrentada. Al lado del aparato, un par de películas en DVD de cine gore: *Everlasting* de Anthony Stabley y *German Angst* de Jörg Buttgerit.

Del mueble que le sirve de ropero sacamos un arsenal completo de instrumentos para practicar sadomasoquismo: una máscara negra de látex; cuerdas de nylon dispuestas para atar por las muñecas y los tobillos; cuatro pinzas de plástico (que podrían servir para castigar los pezones, el clítoris, incluso los testículos); un juego de bolas chinas; tres cinturones de *strapon* con todos sus accesorios en buen estado, y otro inservible con las correas reventadas; una fusta que parece elaborada con crin de caballo, y media docena de vibradores que por su estado parecen haber librado excesivas batallas.

Nora es –parece ser– una curiosa intelectual. Tal vez amoral. Tal vez atea o agnóstica. Una insurrecta librepensadora. Por lo que alcanzo a ver la calificaría con un 15 en la «escala de maldad» del doctor Stone.

Luisa y Jorge:

Viven en un apartamento pequeño y modesto de la antigua Villa Olímpica. Poseen lo básico para vivir, y supongo que la lectura no es lo suyo, al menos no la lectura de libros impresos. Tienen exhibida en el recibidor una biblia de tapas duras, antigua, sobre un pequeño pedestal de madera, abierta en el Salmo 91; manuales para juegos de consola; *Las edades de Lulú*, de Almudena Grandes, y *The Talented Mr. Ripley* de Patricia Highsmith en el nochero de Luisa. Y juguetes para mascotas repartidos por todo el lugar.

Una parejita muy normal que aparentemente llevaba una vida elemental y tranquila.

Martín:

Su casa en West Vancouver es de tres plantas, con media docena de cuartos, garaje para seis vehículos, jardines y un bosque trasero de árboles nativos. Está al cuidado de una costarricense cincuenta pequeña, con la ayuda de un jardinero.

Dentro del orden de esa mansión, Martín va dejando su impronta por los espacios íntimos: en el cuarto de baño de la alcoba principal observé revistas deportivas y de arquitectura; *Historia del ojo* de Georges Bataille y *On The Road* de Jack Kerouac. En la sala del comedor, sobre una de las sillas, periódicos –muchos periódicos–, y en su mesa de noche, *La casa de las bellas durmientes* de Kawabata, *Irreverent Writings* de Twain y *Los detectives salvajes*

de Roberto Bolaño. Excepto por Twain, todos esos escritores resultan desconocidos para mí.

Su guardarropa es una exhibición multicolor de prendas deportivas y zapatos para correr. Nada que nos hubiera llamado la atención. Medallas, algunos trofeos, diplomas de participación en competencias, dos bicicletas, repuestos y llantas.

Vamos a sacar una copia de los archivos de su computador. Estos seguramente nos dirán con exactitud quién es Martín.

Charles:

Para utilizar una metáfora, puedo decir que todo su apartamento es una biblioteca gobernada por tres gatos esquivos y nerviosos. En Charles intuyo a un tipo ordenado, metódico, disciplinado. Guarda cada cosa en su lugar. De los libros que vi, destaco *The Passing of the Great Race* de Madison Grant, una especie de biblia para los racistas que creen en la superioridad de la «raza aria»; poesía en español, diccionarios, enciclopedias sobre gatos, y una docena de libros gruesos y pesados de ilustraciones gay de Tom of Finland, con títulos como *Life and Work of a Gay Hero*, *The Art of Pleasure*, *Boxed Set v. 5*, y *Dirty Pictures*.

En una de las paredes de su cuarto, una réplica inmensa del san Sebastián de Leveroni. Charles no es precisamente un homosexual de clóset.

Se cree erróneamente que quienes son tiernos con los animales, son también personas buenas y sensibles, olvidando que los peores criminales de la humanidad se deshacían en mimos con sus mascotas. Calígula, por ejemplo, amaba tanto a su caballo *Incitatus* que lo nombró cónsul en Turquía; Luis XVI llevaba sus perros de caza a todas sus reuniones públicas y privadas, y Hitler no se despedaba de su pastor alemán *Blondi*. Los biógrafos dicen

que antes de acariciarlo se lavaba rigurosamente las manos, y que tenía un equipo de sirvientes solo para cuidarlo.

La ternura que demuestra Charles por los gatos no debe distraernos en la investigación. Es un hombre complejo, maneja diferentes perfiles, y es muy probable que sea ciclotímico. Le preguntaré si toma medicamentos psiquiátricos actualmente.



«En este punto se deshace mi sueño, como el agua en el agua».
Borges, El Hacedor

*«Un asesinato lo comete cualquier novato.
El arte está en saber cómo te deshaces del cadáver».*
*-Paul Jason Teale, el asesino serial de
Scarborough. Paga cadena perpetua
desde 1995 en la penitenciaría
de Kingston, Ontario*

CHARLES SE HA PASADO TODA LA MAÑANA TARAREANDO
la canción que Freddie Mercury le dedicó a su gata Delilah:

*Eres irresistible.
Me alegras cuando estoy a punto de llorar.
Me das esperanza, me haces reír y adoro eso.
Cometes crímenes impunemente:
si cambias de humor clavas tus garras y muerdes.
¡Todo está bien, Delilah!*

Hace dos meses desapareció Rebecca y la prensa recuerda con insistencia el caso que sigue siendo un misterio para la policía de Vancouver. A Charles esto no deja de mortificarlo. «¿Por qué no inspeccionan el otro apartamento que tengo vacío en el Vigneron? No lo entiendo. ¿Hasta cuándo debo agradecer la incompetencia de los detectives de la RCMP?». Ahora le gustaría poder descansar

tranquilamente en el balcón de su apartamento y jactarse como el personaje de Borges en *Hombre de la esquina rosada*: «Volví a sacar el cuchillo corto y filoso que yo sabía cargar aquí, en el chaleco, junto al sobaco izquierdo, y le pegué otra revisada despacio, y estaba como nuevo, inocente, y no quedaba ni un rastro de sangre».

Truman Capote no podía terminar su novela *A sangre fría*, hasta que Dick Hickock y Perry Smith, los dos asesinos de la familia Clutter de Holcomb, Kansas, fueran declarados culpables y llevados a la horca. Rezó durante cinco años para que ese día llegara rápido. Charles por su parte era incapaz de sentarse a escribir la suya mientras «las aventuras» de Nora, Luisa, Martín y Rebecca en el Vignerón no llegaran a un punto que pudiera considerarse como «final».

*Delilah,
te has adueñado de mi casa y de mi hogar
incluso intentas contestar mi teléfono.
Cometes crímenes impunemente, Delilah,
eres la niña de mis ojos.
Miau, miau, miau.*

Esta obra se terminó de imprimir en Medellín, Colombia.
Noviembre de 2017.





“Se destaca esta novela por su originalidad al organizar un relato policial y erótico más allá de las normas del género, para concretar un libro sorprendente, caleidoscópico”.

EXTRACTO DEL ACTA DE GANADORES

- MARTÍN CAPARRÓS
- MARIO JURSIK
- SANTIAGO GAMBOA

Jurados del XIII Concurso Nacional de Novela y Cuento de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.



XIII CONCURSO NACIONAL[®]
DE NOVELA Y CUENTO

Un LUGAR TRANQUILO

Federico Vélez / MENCIÓN DE HONOR



**CAMARA DE COMERCIO[®]
DE MEDELLIN PARA ANTIOQUIA**